

## EL ESPIRITUALISMO ESCOLASTICO

Y

## LAS CIENCIAS EXPERIMENTALES.

## I.

En medio de la muchedumbre de males que afligen á las sociedades modernas, se encuentra indudablemente un bien que en vano niegan los que sólo ven en estos tiempos pequeñeces, corrupción y miserias. ¡Como si los hombres de este siglo fueran de diversa naturaleza que los de otras edades! ¡Como si los monumentos de otras épocas no llevaran también impreso el sello de la imperfección humana! Dígase lo que se quiera, es un hecho que existe un número mayor de inteligencias que en otras épocas, á quienes un deseo ardentísimo de conocer la verdad y de estudiar sus causas, mantiene en incesante trabajo, perpétua protesta contra los que á imágen y semejanza de los brutos viven entregados á los goces de los sentidos, olvidando que fueron creados á imágen y semejanza de Dios. Si la economía política resolviera cuestiones ciertamente no insolubles de la vida moderna; si fuese más sólida y verdadera la instrucción que se da en la mayoría de los establecimientos de enseñanza, este siglo tan injustamente deprimido por los que sólo ven grandes manifestaciones de la actividad humana en lo pasado, como ridiculamente ensalzado por los que sostienen que las artes, la literatura, las ciencias, la filosofía estuvieron en mantillas hasta que brilló la aurora de estos tiempos, produciría mayor número de grandes manifestaciones del pensamiento sobre las cosas universales y eternas que ningun otro, porque sabría aprovecharse, sin servilismos

ni exclusivismos siempre funestos, de todo lo verdadero, bueno y bello que produjeron las anteriores generaciones, como el siglo XIII supo aprovechar los materiales de los tiempos pasados para sus obras gigantescas que aún asombran al universo mundo.

¿Hay por ventura nada más noble que la aspiración á poseer la verdad? ¿Puede darse nada mejor? ¿Existe algo más digno del hombre? No debe desanimar á los doctos que determinadas corrientes científicas que hace tiempo rompieron los diques que las encauzaban, produzcan estragos de consideración en los terrenos que han inundado, porque no puede perderse de vista, al estudiar los actos de los seres humanos, lo mismo en el orden moral que en el intelectual, que son producto de facultades imperfectas, y que muchos privilegiados talentos de los últimos siglos esparcieron por el mundo tan gran número de semillas de perdición que todavía se recogen frutos de ellas. Confórmense los que á más aspiran, con que ha disminuido notablemente el imperio de las preocupaciones, y es menor el número de los que pasan noches de claro en claro y días de turbio en turbio buscando armas en los monumentos del saber para batir en brecha á la verdad: compárese lo que hablan y escriben los darwinistas con lo que hablaron y escribieron los materialistas del pasado siglo; las obras que dan al público los positivistas con la Enciclopedia, y se habrá de confesar que en aquellos existe indudablemente menos oscurecimiento de la razón por los vapores de las pasiones, menos espíritu de hostilidad á lo verdadero, bueno y bello, que en éstos. Hasta tal punto influye el espiritualismo escolástico en las corrientes científicas que andan fuera de su natural y legítimo cauce, que escritores de nota que se han dejado arrastrar por aquellas corrientes, como árboles de escasas y poco profundas raíces, procuran cubrir su filiación con formas espiritualistas, de que es buen ejemplo ciertamente la *Heredite psychologique* de M. Ribot, obra peligrosa no sólo por la razón indicada, sino también porque tras méritos verdaderos y servicios reales prestados á la psicología, oculta tendencias deterministas y favorables al materialismo.



Los extravíos de los pensadores modernos no obedecen en muchos casos á las mismas causas que los de los filósofos de otras edades. En los anteriores siglos apenas se daba extravío que no procediese del fin preconcebido de hostilizar á la Iglesia. Cierta que no faltan quienes andan fuera de los rectos caminos de las ciencias; pero cierto tambien que en la inmensa mayoría de los casos no obedece esto á un fin bien declarado de hostilidad al Catolicismo. Así sucede á menudo que autores no católicos aceptan algunas verdades, y las profesan como si sus inteligencias reflejaran de todo en todo la luz purísima de la verdad. Recuérdese además lo que sucedió á M. Le Play, que empezó y llevó á cabo sus primeros estudios sin preocupaciones ni prevenciones de ningún género. ¿Qué resultó de aquí? Que sus obras, producto de largos años de estudios, han sido y serán en todos tiempos arsenal abundantísimo á que podrán acudir los defensores de los principios fundamentales de la sociedad y de la familia, en busca de armas con que luchar contra los enemigos de estas instituciones. Tan de lleno está M. Le Play en el cauce natural y legítimo del saber, que su sistema de observación de los hechos aplicado á las ciencias sociales, pudo ser elogiado en docto y elegante Breve por León XIII, ese gigante que domina las ciencias y sabe encaminarlas á su mayor grado de perfección posible, no sólo para bien de la religión, sino tambien de las modernas sociedades.

Basta tender la vista por el cuadro inmenso que presenta el movimiento científico de la época para comprender las inmensas ventajas que el espiritualismo en sus diversas manifestaciones lleva sobre el materialismo, ventajas que permiten abrigar la esperanza de un próximo y definitivo triunfo; que si existen pesimistas á la manera de Schopenhauer, cuya fórmula religiosa es el budhismo; si hay quien acepta la ética de Hartmann, que añadió á la idea budhista de su maestro elementos cristianos y panteistas; si los positivistas de Comte y de Littré mutilan la ciencia, y los monistas de Taine mutilan la naturaleza; si los semipositivistas se empeñan en doblar el mundo; si los transformistas de Darwin degradan al hombre y Renan niega con su criticismo el orden sobrenatural; si los

discípulos de Proudhon, con la izquierda hegeliana, se empeñan en destruir el orden social existente, en frente de estas doctrinas luchan denodadamente los espiritualistas á la manera de Julio Simón, de Mamiani, de Scholten, de Merten, los tradicionalistas como Bonald y Bonnetty, los transaccionistas como Balmes; los rosminianos, numerosos y aguerridos en ciertas regiones de Italia, y los espiritualistas escolásticos con Sanseverino, Kleugen, Zigliara y Pesch á la cabeza, y no sólo alcanzan grandes victorias sobre sus adversarios, sino que influyen poderosamente en las ciencias experimentales. Fíjese imparcialmente la atención en las obras de los filósofos y publicistas contemporáneos, estúdiense las producciones de muchos sabios, aun de los que hacen gala de independencia heterodoxa, y se habrá de reconocer que es esta una verdad indiscutible.

## II.

Contra el espiritualismo escolástico que indudablemente distingue con precisión, según lo reconocen aún algunos de sus adversarios, se ha formulado en estos últimos tiempos el doble cargo de que si por un lado confunde la teología con la filosofía, negando á ésta su ser propio y natural, por otro mantiene tan oscurecido el método experimental, que así como puede afirmarse respecto de los siglos medios que lo desconoció por completo, puede decirse que en estos tiempos apenas lo usa en sus investigaciones científicas. Por lo que hace á la primera parte de la acusación Gunther hace coro á Brucker (1), y Ritter copia servilmente á Cousin cuando dijo que «hablando con rigor el espiritualismo escolástico no pertenece á la filosofía propiamente dicha.» (2) Sin embargo, la verdad es que los espiritualistas escolásticos cuidaron siempre de no confundir la luz natural de la razón con la sobrena-

---

(1) *Thomas a Scrupulis*, p. 209. Wien. 1835.

(2) *Geschichte der Christlichen Philos.* t. I., p. 108. Hamburg, 1841.—  
*Cours de l'hist. de la Philos. moderne*, t. II, p. 66. Paris, 1846.



tural de la fé, la ciencia de aquella con la de ésta. Así escribió el Dr. Angélico que «una cosa investiga en las criaturas la filosofía, y otra considera en ellas la ciencia de la revelación.» En efecto, la primera estudia á las criaturas en sí mismas, esto es, cuanto á su esencia; de lo cual resulta que, segun los diversos géneros de las cosas criadas, se dan diversas partes en la filosofía; la segunda ve las cosas sólo en cuanto se ordenan á Dios. De lo cual es preciso concluir con el Aquinatense que «uno debe indagar acerca de las cosas creadas el filósofo, y otro el teólogo» (1). Esta distinción pudo deducirse tambien, como la dedujo Enrique de Gante, de los objetos diversos de la teología y de la filosofía. ¿Qué se proponen las ciencias racionales? Conocer la esencia de las cosas. De aquí que se dividan entre sí segun tratan de su ser sustancial, ó de sus diferentes propiedades. ¿Qué se propone la teología? Considerar á los seres de que tratan las ciencias racionales, no ya en su naturaleza íntima, sino en lo que tienen de divino, mejor dicho, en lo que los hace depender de Dios. No es esta ciertamente la única diferencia que existe entre dichas ciencias. Aquellas indagan la naturaleza de los seres por sus propias y próximas causas, y ésta discurre sobre ellos por las causas primeras y singularmente por la primera de todas; aquellas pasan de lo creado á lo increado, y ésta de lo increado á lo creado. Finalmente, como diversos son el objeto, los principios y el método de que se sirven, diversa es la luz con que discurren por su terreno propio y especial (2).

Por lo que hace á la segunda parte de la objeción, debe empezarse por advertir que no pocos que reconocen que los espiritualistas escolásticos distinguieron siempre la filosofía de la teología, sostienen luego que dichos espiritualistas descuidaron hasta lo sumo el estudio de las ciencias naturales, y desconocieron por completo en los siglos medios el método experimental, actualmente tan de moda. Por lo que hace á lo primero, baste recordar aquellas tan conocidas palabras del

(1) *Summa contra Gentes*, libro II, c. IV., página 63. Madrid, 1770.

(2) *Sum. Theol.*, p. I., a. VII, c. I, n. 11, 12 y 13. Ferraria, 1646.

filósofo de Aquino, cuando dijo que «la Meteorología, como todas las partes de la ciencia natural, no puede ni debe ser echada un momento en olvido: quien la desprecia, se desprecia á sí mismo,» y añadió que «mucho se engañan los que creen que la ciencia natural no debe ser estimada, porque no conduce á la contemplación de las cosas divinas, pues la ciencia de la naturaleza cumple bien su objeto, elevando al hombre por medio de los fenómenos naturales al conocimiento de sus causas (1). Por lo que hace á la época presente, en que el estudio de las ciencias experimentales es de mayor importancia, al par que más útil y necesario que en el siglo XIII, y aun que en el siglo XVI en que escribió Francisco Toletó, y aun que en el siglo XVII en que publicaron sus magníficos comentarios á la Física de Aristóteles los profesores de la Universidad de Coimbra, los progresos que los espiritualistas escolásticos realizan en las ciencias experimentales, han obligado á Virchow á declarar que «los hechos fuerzan á reconocer que en el terreno de las ciencias físicas y naturales nada tienen que enviar dichos espiritualistas á ninguna escuela» (2). Verdad es que si hubiese hablado de otro modo, á la vista del mundo sábio están para desmentirle *La Scienza Italiana* de Bolonia, los *Stimmen aus Maria-Laach*, de Friburgo en Baden, y las admirables obras de Moigno y de Secci.

¿Podrá negarse al menos, dicen algunos, que los espiritualistas escolásticos desconocieron la acepción científica que ahora tiene la palabra experiencia? No puede extrañar esta pregunta cuando en la más extensa monografía del franciscano de Oxford que hasta ahora se ha publicado, asegura Emilio Charles, contra la opinión de Dumas, de Orbigny y de Humboldt, que se han hecho del tratado de Alberto Magno sobre los vegetales elogios exagerados, cuando este pensador no se separó un punto de Aristóteles en las cuestiones de filosofía

---

(1) *In lib. IV Meteor.*

(2) *Zeitschrift der deutschen morgenlandischen Gesellschaft*. Tomo XXXV, lib. I, Berlin, 1881.



natural (1). Aquí no cabe disyuntiva: ó el autor citado no había leído á Aristóteles, ó no conocía el tratado de Alberto Magno de que hablaba. A haber conocido estas obras hubiera visto que el comentario del insigne dominico está sembrado de atinadísimas observaciones propias, de noticias, de investigaciones, de datos completamente desconocidos de sus antecesores y contemporáneos. ¡Y cómo no habian de serlo, si Alberto Magno se dedicaba constantemente á la observación, según consta por el testimonio de sus obras y de sus biógrafos; subía á las cumbres de los montes á estudiar los nidos de las águilas; buscaba en las serenas orillas del mar nuevas especies de animales marinos, y daba cuenta de sus adquisiciones científicas en el libro *De Animalibus* (lib. IV, p. I), causando la admiración de los doctos; volaba más tarde á Lombardía, habiendo tenido noticia de un fuerte terremoto que había tenido lugar en aquella región, á estudiar las condiciones de este fenómeno y las circunstancias que lo acompañaron y siguieron, y exponía los frutos de su viaje en su obra *De passionibus aeris* (p. 339, p. V.); llegaba también á sus oídos la noticia de un fenómeno extraordinario ocurrido en las aguas del Neckar, «río de un país de Alemania llamado *Laufen*,» y al momento corría á estudiarlo sobre el terreno y á buscar su explicación natural, que expuso en el tratado *De meteoris* (lib. II, p. I)! Puede concluirse, pues, á la vista de estos hechos, que como dice Pouchet, los grandes escritores de los siglos medios comprendieron el poder y fecundidad de la experiencia, y tienen derecho á la gloria de haber sido los primeros (mal que pese á los enciclopedistas y á sus continuadores) que los señalaron á la inteligencia de los estudiosos (2).

Por no quererlo confesar así se sacó en el siglo pasado del polvo del olvido por los enciclopedistas un nombre y unas obras que ejercieron escasa influencia en el movimiento intelectual de su tiempo, y que, sin embargo, pueden y deben ser consi-

---

(1) *Roger Bacon, sa vie, ses ouvrages et ses doctrines d'après des textes inédits*, pág. 284. Paris, 1861.

(2) *Histoire des sciences naturelles*, etc., p. 204. Paris, 1853.

derados como generadores de la dirección empírico-positivista de nuestros días, á la manera que Jordan Bruno de la dirección panteísta, y Campanella de la puramente crítica. Este nombre es el de Bacon, Barón de Verulam, de quien digieron D'Alambert y Voltaire que es uno de los que más han contribuido á los progresos de las ciencias y que conocía la imperfección del escolasticismo, hasta el punto de haber podido señalar con exactitud prodigiosa los únicos medios que debían y podían remediarla. De sus obras afirmaron que llenan perfectamente el objeto que las inspiró, que no fué otro que el perfeccionamiento de las ciencias. En realidad ¿qué había hecho Bacon para merecer estos elogios? En su *Novum organum scientiarum* había dicho de la lógica escolástica que sólo sirve para sostener los errores fundados en las nociones que se dan ordinariamente, pero que es absolutamente inútil para la investigación de la verdad; lo cual pretendía probar diciendo que el silogismo está compuesto de proposiciones, y las proposiciones de términos, y que siendo los términos signos de las ideas, si las ideas, que son la base de todo, son confusas, no hay nada sólido en cuanto se levanta sobre ellas. «Por nuestra parte, añadía, sólo tenemos confianza en las inducciones.» Y después de disertar largamente para ver de probar que todas las nociones de la lógica y de la física escolásticas son, no ya falsas ó inexactas, sino ridículas, escribía: »Sólo »hay dos caminos que conduzcan á la verdad. Por el uno nos »elevamos por medio de la experiencia á axiomas generalísimos: por el otro, á axiomas que van siendo generales por grados, hasta que se llega á axiomas generalísimos. Este último »camino no ha sido franqueado todavía, porque los hombres se »cansan fácilmente de la experiencia y quieren ir de un salto »á los axiomas generales para descansar en ellos (1).»

Cuán falso sea que el camino que emprendía Bacon no hubiese sido franqueado antes del siglo XVI, en lo que tenía de útil para el progreso de las ciencias, lo dicen los textos transcritos más arriba, no siendo culpa de nadie ciertamente que

(1) *Novum organum scientiarum*, pág. 7 y siguientes. Londres, 1734.



dicho autor desdeñase hasta tal punto la tradición científica que para nada tuviese presentes á los grandes escritores de los pasados siglos. No se crea además que supo servirse gran cosa de las propias lecciones; es indiscutible, áun entre los heterodoxos de estos tiempos, que las ciencias naturales deben mayor número de descubrimientos á Alberto Magno que á él, á pesar de que en el siglo xvi había indudablemente más medios de observación que en el siglo xiii. ¿En qué se diferenciaba sustancialmente el *Novum organum scientiarum* de la lógica que se enseñaba en las escuelas? En que ésta admitía dos principales fuentes de conocimiento, la *experientia immediata* y el *lumen intellectuale*; mientras que aquel declaraba que la experiencia sensitiva es el único medio de alcanzar la verdadera y útil ciencia de las cosas; en que ésta, por el conocimiento de las cosas naturales se eleva al conocimiento de las causas, mientras que aquél pretendía que la ciencia está destinada sólo á lograr que las fuerzas de la naturaleza sean súbditas del hombre para que éste viva con el mayor número posible de comodidades; en que ésta admitía las nociones diferentes de sustancia, fenómeno, propiedad, causa, efecto, ley; mientras que aquél enseñaba que á la ciencia le pertenece únicamente investigar los fenómenos naturales, ordenarlos por la inducción, y de este modo concluir otros hechos generales, ó lo que es lo mismo, admitía sólo, como el positivismo moderno, hechos ó fenómenos y leyes, declarando ridículas las nociones de sustancia, propiedad, causa y efecto, y añadiendo que para progresar en las ciencias era preciso destruir estas nociones y aun refundir el entendimiento, frase muy celebrada de los enciclopedistas, que asimismo dan por cosa averiguada que nadie entendió hasta Bacon el aforismo aristotélico, que éste sacó de quicio, en su deseo de aprovecharlo como arma de combate contra los escolásticos, y que dice á la letra, *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu* (1).

Indica el Padre Zeferino Gonzalez un problema que otros

---

(1) *Histoire générale des dogmes et opinions philosophiques*, t. I, página 443. Londres, 1769.

pensadores han apuntado también, y que merece ser resuelto. Habiendo existido poco antes ó al mismo tiempo que el filósofo inglés, hombres tan insignes como Tilesio, Kepler y Galileo, á quien tanto deben las ciencias físicas y naturales fundadas en la experiencia; ¿como se explica que D'Alambert y Voltaire consideren á éstos como astros de segunda magnitud oscurecidos por los rayos esplendorosos de aquel, sol de Inglaterra, nacido del seno de la más profunda noche, del seno de la Edad Media espirante, según frase de la Enciclopedia? Para contestar á esta pregunta basta ver cómo comprendía y explicaba el método experimental Bacon y cómo lo comprendían y explicaban los demás autores citados. Sirva de ejemplo Galileo, que tantas batallas riñó contra los escolásticos en defensa del sistema de Copérnico. Este insigne pensador que conocía más y mejor que Bacon las tradiciones científicas, como lo prueban sus *Dialoghi sui massimi sistemi tolemaico e copernicano*, dice en el prólogo de este libro que no va á combatir á los peripatéticos, sino á los que conservan de peripatéticos sólo el nombre y filosofan sin las necesarias advertencias, negando á cada método lo que le es propio. Ya en las primeras páginas de sus *Dialoghi* manifiesta claramente su pensamiento que en lo verdaderamente sustancial no se diferencia un punto del de Alberto Magno. Quiere Galileo que en el terreno de la filosofía natural, la cual en frase poco feliz llama «la verdadera filosofía,» se dé á la experiencia toda la amplitud debida, y dice esto copiando casi al pié de la letra lo que siglos antes habia expresado Rogerio Bacon, único de los grandes espiritualistas escolásticos á quienes hizo justicia Charles. Pero fuera del campo de la filosofía natural, poco ó nada dice contra el espiritualismo escolástico, que en su tiempo dominaba como soberano los grandes centros de enseñanza de Europa (1).

Ahora bien: ¿bastaban á D'Alambert y á Voltaire las obras de Galileo para el objeto que se proponían? Hay que advertir

---

(1) *I dialoghi sui massimi sistemi tolemaico e copernicano di Galileo Galilei con prefazione*. Milano, 1877.



que los enciclopedistas sólo mostraron preferencias por el método experimental porque creyeron que con él podrían destruir fácilmente el baluarte que se oponía á la realización práctica de sus teorías político-religiosas. Destruida la filosofía escolástica, decían, todo lo que ella sostiene vendrá al suelo con ella. ¿Y quién mejor que el precursor del moderno positivismo podía servir estos planes, y dar cierta sombra de autoridad histórica á estos atrevimientos científicos? Quizá la prueba de más talento que dieron los enciclopedistas fué elegir á Bacon como bandera de combate, no sólo para las batallas que entonces iban á librar, sino para las que se librarían en lo porvenir entre el empirismo positivista y el espiritualismo, batallas que encierran indudablemente lo más importante del movimiento científico de estos tiempos. Preciso es reconocer que ya por haberse negado por algun tiempo los espiritualistas escolásticos á aceptar el combate en el terreno en que lo presentaban los adversarios, ya por no haber dado en ocasiones toda la importancia debida á las ciencias experimentales, el movimiento empirico-positivista tomó grande incremento. Si decrece actualmente, si va de derrota en derrota, es debido en gran parte á los sábios que consagran los esfuerzos de su inteligencia á rectificar los productos equivocados de experimentos emprendidos con el fin de hostilizar verdades enseñadas por la tradición científica durante largos siglos, y á que realmente entre los pensadores indiferentes ó heterodoxos ha disminuido el imperio de las sectas al compás que se ha desvanecido el de las preocupaciones, sembradas por el filosofismo del pasado siglo y de principios del presente, que sobre toda Europa amontonó sombras de perdición y de muerte, desvanecidas poco á poco por las brisas de la aurora de una nueva época.

Cómo desvanecidas estas sombras se dan poco á poco la mano el espiritualismo escolástico y las ciencias experimentales, se verá luego, Dios mediante.

DAMIAN ISERN.

## DISCURSO

LEIDO

## EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DE CARACAS,

CON MOTIVO DE LA BENDICIÓN DE UNA ESTÁTUA

DE

SAN VICENTE DE PAUL.

SEÑORES :

Subo á esta tribuna de tradiciones inmortales, que ha palpitado tantas veces al eco vibrante y poderoso de la palabra de nuestros grandes oradores, con todo el respeto que me merece la ilustración del escogido auditorio que me rodea. Yo tambien, señores, quiero dejar oír mi desautorizada palabra en estos momentos solemnes, de suprema alegría y de entusiasmo generoso, aunque se pierda sin resonancia en el espacio, de la misma manera que el arpegio fugitivo del ave solitaria en la algazara de los bosques, en las rubias mañanas de primavera: yo tambien, señores, quiero hablaros en este día, de la Caridad. Fuérame dado corresponder á la solemnidad augusta del momento y á la grandeza del asunto; fuérame dado volar á las regiones inmaculadas de la luz; en alas de mi mente soñadora, para beber en copas diamantinas el dulce néctar que destila la celestial inspiración; fuérame dado poseer el dón misterioso de la palabra, y el secreto de conmover con ella los corazones sensibles, que entonces yo la derramaría sobre vosotros, de mis labios, como una cascada de flores y armonías, y os haría con pinceladas maestras el más bello elogio de la Caridad. Mas ya que no acierto á llegar donde quisiera, porque las galas de mi fantasía no alcanzan á tanto, y



porque nunca fué de inteligencias inferiores examinar asuntos de tan gran valía, escuchad con indulgencia mi descolorida palabra, siquiera sea como una nota discordante en el bullicio de este día, de triunfo para la civilización venezolana, en que el ASILO DE HUÉRFANOS de Caracas celebra con pompa inusitada el segundo aniversario de su fundación, rindiendo así de una manera espléndida y ruidosa, culto fervoroso á la Caridad.

¡Caridad!... Hé aquí una palabra que embelesa y ensancha el corazón, pura como la hermosa lengua de Castilla, compuesta de siete letras que simbolizan siete prodigios, siete mundos llenos de luz, moviéndose con armonía arrobadora en el anchuroso espacio del Cristianismo, alrededor de un centro grandioso, imponente de majestad: Dios. Soberbio pedestal sobre el cual descansan las dos tablas de piedra en que escribiera el Soberano del Universo los Mandamientos de la ley divina, que habian de regir en adelante al pueblo de Israel, en su lenta peregrinación desde el Sinaí hasta el Gólgota, para obrar prodigios y enseñorearse sobre la corteza del planeta en que habitamos. Especie de áureo pebetero, donde arden bálsamos consoladores, cuyas esencias y perfumes llevan la dulce tranquilidad al desvalido. Lucero radiante y misterioso, que se extremece como la pupila de un ángel en el horizonte de la humanidad, cuya luz apacible rasga el inmenso caos de la desesperación y del martirio, y esclarece el lóbrego derrotero por donde peregrina, presa de angustias y dolores, agobiada por el cansancio y la tristeza, la gran familia de los pobres.

La Caridad es la primera de todas las virtudes, la más sublime, la más augusta, la más heróica; la que cayera sobre el mundo como una tromba de luz y de colores al entreabrir la rubia aurora sus encendidos pabellones, para difundirse por todos los ámbitos de la creación desde el principio de los tiempos; la que al brillar en la última mirada del Salvador como una centella desprendida del alcázar de lo infinito, recogieron los ángeles en urnas de oro y los gemidores vientos en sus alas, para derramarla como rocío de luz por todo el orbe; la que ha inmortalizado en el sonoro bronce de la historia á los

grandes Sacerdotes del Catolicismo, con los nombres de San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo, Santo Tomás de Aquino, San Vicente de Paul y Fray Luis de Granada, y á mujeres ilustres que la posteridad bendice, y que brillaron con limpias ejecutorias, ó rigiendo los destinos de pueblos esclarecidos por el ingenio y el heroismo tradicionales, ó cultivando las gracias del espíritu en la soledad de un monasterio, para las altas creaciones del pensamiento humano, como Isabel la Católica y Santa Teresa de Jesús; la que vibró con armonías inimitables en las sonoras cuerdas de la lira del Dante y del poeta de Sorrento, como el eco misterioso de las ondulaciones de un himno cantado por los ángeles en el palacio de los cielos; la que supo encarnar el divino Angélico en el lienzo y los colores, solitario en el desierto de los claustros, sumergido en la contemplación extática de las grandezas eternas, y atormentado por el amor cristiano; la que modelaran con el cincel gigantesco de su génio en el immaculado mármol estatuario los grandes escultores del Renacimiento, y agotando la pureza de los contornos y las líneas en el amoroso deliquio desus vírgenes creaciones, para lanzarla como una aparición deslumbradora en el grandioso firmamento de la estética; la que resuena en el torrente de misteriosas armonías que se desbordan de los tubos del órgano sagrado, para convertir el alma del creyente en mariposa de luz, y hacerla volar por las regiones de lo infinito, envuelta en las ondulaciones del eco que despiertan en todos los ámbitos del santuario; la que resplandece, en fin, por idéntica manera, y como la más espléndida manifestación del sentimiento humano elevado á la categoría de lo divino, lo mismo en el recinto de las grandes basílicas católicas, que en los espaciosos salones del museo Pío Clementino, y en las soberbias galerías del Vaticano.

La Caridad es la síntesis del Cristianismo, la preciosa ánfora en la cual se encuentran condensados los más sagrados deberes del hombre, para con Dios y para con sus semejantes: ella es la generosa luz que brota del corazón tierno y benévolo, para alumbrar el amargo infortunio del mendigo; el espíritu invisible que bate las impalpables alas entre el éter



azul, que sonríe con dulzura, palpitante de amor, sobre nuestra cabeza, y la tierra sombría, que se duele y suspira bajo nuestros piés, nadando en un piélago de lágrimas. Y ¿sabeis por qué? Porque la Caridad es una emanación divina del divino amor; amor tan comprensivo como el inmensurable espacio; tan impenetrable como el secreto de los mundos; tan lleno de pureza como las trémulas perlas de rocío, que los génios de la noche depositan como lágrimas de luz en el silvestre cáliz de las flores; como los magníficos esplendores del infinito océano de luz donde ruedan los astros sin cesar, moviéndose sobre sus ejes de diamante, y llenando la cerúlea inmensidad de arrobadoras armonías.

Abrid la Biblia, contemplad su primera página, que parece despedir esencias olorosas, página que es el sublime de la historia, porque es toda inocencia, toda poesía, toda amor. Leed y os encontrareis en el Paraiso terrenal, admirando la infinita variedad de un conjunto pródigo en hermosura. ¿Qué veis? El firmamento cubriendo todo lo creado, como un inmenso ropaje de turquí; el rubio sol que inclina su cabellera de fuego en el ocaso, dejando una huella luminosa sobre los blancos celajes que la siguen como un coro de vírgenes; los montes y colinas exuberantes de vejetación, meciéndose sobre sus bases al través de un lienzo vaporoso, las violetas y las rosas disputándose la supremacía en pureza y hermosura y embriagando con sus delicados aromas á las pintadas mariposas que les prodigan su amor; la espumante catarata que se desprende de la encumbrada roca, semejante al blanco velo de una doncella desposada; el ave de los cielos batiendo las cienientas alas y cerniéndose con majestad y gallardía en las regiones de la tempestad; las estrellas que se levantan como trémulos diamantes en los dominios de la rosada aurora, desafiando en esplendor á las que parecen dormitarse sobre la verde cumbre de los colinas, en el borde occidental del horizonte; la misteriosa luna, génio de las eternas tristezas, que avanza silenciosa por la bóveda azul de lo infinito, derramando en su triunfal carrera océanos de blanquecina luz sobre la tierra; belleza y frescura por doquiera, por doquiera inocen-

cencia y esplendores, encanto ilimitado que ofrece aquella mansión de celestiales embelesos y pregona á todos los vientos, entre cadencias y rumores, la infinita sabiduría del Creador. Este la contempla con satisfacción desde su alcázar de luz y de armonías, iluminado con todos los resplandores de la gloria; se regocija con su obra inmortal, pero nota que algo hace falta á aquel arquetipo de su pensamiento, algo como una idea eminentemente grandiosa que reverbera ya en su cerebro de maravillas, y entonces, por efecto de su querer supremo, desciende de los palacios deslumbradores de la luz y forma el hombre á su imagen y semejanza con el misero polvo de la tierra y lo hace rey del universo creado y coloca en su frente la aureola divina de las potencias del espíritu y luego pone á su lado una compañera amorosa donde se mira compendiada toda la hermosura de la vírgen naturaleza, para que recoja en el joyero de su alma, adormecida por la vívida lumbre de sus negros y rasgados ojos, las impresiones de su corazón y los ensueños de oro de su fantasía. Contemplad en su origen al hombre, al salir de las manos del Creador, embellecido por el perfumado soplo del divino aliento, y húmedas todavía las sonrosadas mejillas por el primer beso celestial y vereis que no debe el ser que tiene y la mansión encantadora donde habita, sino á la llama de amor abrasadora que ardía en el pecho del supremo Artífice de los mundos que pueblan el vacío. Y ved, señores, cómo aparece allí la Caridad, en el principio de los siglos, en la cuna de mirtos y de rosas de la naciente humanidad, *junto al primer destello de luz que flotara sobre las borradas formas de la materia*, en el comienzo de las generaciones que se han sucedido lentamente con el transecurso de los tiempos. ¿Sabeis por qué? ¡Porque la Caridad es amor, sublime amor!

Convertid la mirada hácia el Calvario. ¿Qué veis? Una cruz que se levanta majestuosa, como simbolo de una causa esencialmente regeneradora; un hombre enclavado en ella de piés y manos, en cuyo rostro, de belleza varonil indescribible, se miran retratados, á la vez que el sufrimiento, la dignidad y el amor; cuyos ojos, azules como el tinte de los cielos en las rubias



mañanas tropicales, se dirigen á las alturas impalpables; cuyos luengos y ensortijados cabellos se precipitan en caprichosos bucles por sus espaldas ensangrentadas, ondulando ligeramente al soplo de los vientos. Al pié de esa cruz una mujer, resplandeciente de luz y de hermosura, con la blanca frente reclinada sobre el madero y las manos puestas en señal de fervorosa oración; en su semblante afligido, bello como la primera aurora de la creación, y lleno de tristeza como la última reverberación de una esperanza desvanecida, se contempla el sello del sufrimiento más intenso; sobre sus sienes resplandece la mística aureola de la maternidad; y sus divinos ojos, dulces y encantadores como las estrellas que tachonan el cielo de las regiones orientales, vierten una lluvia de lágrimas, donde cae un rayo de sol encendido del ocaso formando un arco iris.

De repente el día recoge sus moribundos esplendores; el firmamento extiende su cortinaje de negras y pavorosas nubes, tempestad asoladora se desencadena, batiendo sus alas de fuego embravecida; retumba el trueno en el inmenso espacio con fragoroso estrépito, y retumba su voz amenazante por sobre la cumbre de las cordilleras; el turbulento mar ensordece los aires con el eco poderoso de sus estruendos formidables, al estrellarse en raudos tumbos contra las rocas de la desierta playa: las gorgeadoras aves en su nido pliegan medrosas *el sedoso abanico de sus alas*; un rugido prolongado se escapa de todos los abismos, y parece que los montes se desgajan y que el planeta se desquicia sobre su eje, el espacio se convierte en sudario gigantesco, y el Hombre-Dios exhala su último suspiro, inclinando sobre el pecho la frente sudorosa y empalidecida. Sólo dos figuras se columbran en el fondo de la densa oscuridad: Jesús de Nazareth, enclavado en la cruz de piés y manos, y María, la madre inmaculada del Verbo, la Virgen sin consuelo, al pié del madero sacrosanto. Jesús muere de la manera más oprobiosa para redimir al hombre del pecado, que pesa en su conciencia como una mano de hierro y la esclaviza, por el amor inmenso que profesa á la humanidad. Y ved, señores, como aparece allí tambien la Caridad, sobre la cumbre del Calvario, en ese momento solemne, en que el esta-

lido de un sollozo amargo resuena por todos los ámbitos del Universo; en que las doctrinas evangélicas alcanzan triunfo espléndido y ruidoso; en que la luz resplandeciente de una nueva civilización se derrama como rocío fecundante por todos los horizontes y todas las conciencias, para la asombrosa germinación de esperanzas desconocidas y consoladoras realidades, de donde había de surgir más tarde y lentamente, como la mariposa de su larva, esa aurora resplandeciente del espíritu humano que se llama el Renacimiento; en que la revolución político-social del Cristianismo, como todas las grandes revoluciones que conmueven hondamente las sociedades humanas, reduce á escombros el pasado, señala el verdadero camino del progreso al espíritu del hombre, y determina su rumbo al porvenir, para dilatarse con eco de alabanza hasta los últimos confines de la historia. ¿Sabeis por qué? ¡Porque la Caridad es amor, sublime amor!

La misión de la Caridad es tan grande y misericordiosa, como la del manso arroyo que cruza por el verde musgo del perfumado valle y sus alcores, y se pierde á lo léjos entre guijarros y breñas, volviendo á la vida con sus trémulas ondas de cristal, á las flores que encuentra en su camino, próximas á morir de pesar y de amargura. No se limita á dar el pan al que no lo tiene, nó; yerran torpemente los que la confunden con la filantropía. Su esfera de acción abarca más vastos horizontes, eternamente iluminados por inmortales resplandores: vuela presurosa, desdeña los halagos que le ofrecen los placeres frívolos del mundo, y vá prosternarse humilde ante la desgracia. Madre de ternura inagotable, lava los piés del miserable pordiosero, ensangrentados por los abrojos del camino, y enjuga el sudor que baña sus mejillas, surcadas por el llanto. Doquiera que se escucha un ¡ay! allí aparece ella, como visión fascinadora, disminuyendo la intensidad del dolor, llorando por consolar á los que yacen como cuerpos inertes en los antros del abatimiento, inoculando la luz de la esperanza en el corazón atribulado, y destilando miel sobre todas las amarguras.

Dirigid los pasos á la morada solitaria del pobre, de ese sér eternamente triste y desgraciado, envuelto en el torpe oleaje



del desprecio universal. En el frente de esa casa, humilde en la apariencia, se leen estas palabras: *Hospital de Caridad*, más llenas de esplendores que la purísima nieve de los Andes bañada por la fecunda luz del sol de la mañana. Entrad. El espectáculo que se ofrece á vuestras miradas en una de sus piezas es triste como el sombrío Apocalipsis del solitario de Patmos: un hombre tendido en una cama, con la cabeza prematuramente encanecida por los rigores del infortunio, y el demacrado semblante teñido por una palidez mortal: de su corazón se escapan trémulos suspiros, que revelan la ansiedad y el terror que experimenta, y sus labios descoloridos murmurarán una sencilla oración, que se desvanece en los aires como las vaporosas nieblas de la tarde. A su lado una hermosa niña, que es la hija querida de sus entrañas; pura como el gemido melancólico de las marinas ondas; llena de candor como la paloma del arca; en cuyas pálidas mejillas se estremece una lágrima, amarga como el cáliz de ajeno dolor; víctima inocente, inmolada en el altar de la pobreza; vestida de inmundos andrajos, que dejan ver sus carnes, amoratadas por el riguroso frío del invierno. La luz mortecina de una lámpara ilumina la estancia; no se escucha otro ruido que la respiración anhelante y fatigosa de aquel moribundo. De improvviso una suave claridad, semejante á la del alba, penetra en aquel sitio ignorado, y esparce por todos sus ámbitos algo como un fluido misterioso, que suspende la ansiedad y evapora las lágrimas de aquellos dos seres desdichados. ¿Sabeis quién es la que trae por precursora á la luz? Es la mujer, que pone su planta en el recinto de la amargura para disiparla: esa emanación divina del Creador, condensada en sér real y efectivo; bella como las fragantes rosas de Damasco y de Alejandria; pudorosa como la tórtola, que esconde su plumaje detrás de las verdes hojas de los árboles; apacible como la luz melancólica de la luna rielando sobre las trémulas ondas del Tirreno. En ese momento augusto para ella, ¡qué encantadora se ofrece á vuestras miradas! Un tinte ligeramente sonrosado colorea sus mejillas, blancas como las azucenas tropicales; sus hermosísimos ojos se levantan hasta el alcázar luminoso del Crea-

dor; y sus rojos labios, tan suaves como la célula íntima de la violeta de nuestros campos, modulan una plegaria fervorosa, implorando misericordia para aquellos dos seres desdichados, que flotan sin esperanza en el piélago embravecido del dolor. Vedla de rodillas: parece un ángel desprendido de los palacios del cielo, en cuya blanca frente reverbera la aureola de la Caridad: en sus rizadas pestañas tiembla una lágrima de amor, nacida en el fondo de su alma, como las cristalinas perlas de rocío en las conchas de nácar de la aurora; lágrima que es la fidelísima representación de su alegría, porque su sola presencia se ha bastado, para desvanecer como la luz, las sombras pavorosas de la desolación y de la muerte, dejando mirar el paraíso en los divinos destellos de sus ojos, y la esperanza bienhechora en la diadema de luz que resplandece sobre su frente bendecida.

Y ved, señores, cómo descuella en el lienzo gigantesco de la historia la venerable figura de Vicente de Paul. Aparece en esos momentos de angustia y general consternación, en que la tea incendiaria de la discordia religiosa relampaguea amenazante dentro de los límites de la Francia, su hermosa y pensadora patria; y á la vez que el cañón truena vomitando fuego, y resonando en los espacios como la voz estrepitosa de las tormentas mugidoras; y el humo espeso de la pólvora anubla el dulce rostro de los cielos y oscurece la faz del astro-rey, y los soberanos de la Europa, con sus ejércitos aguerridos, emponzoñan la vida, haciendo que la miseria se enseñoree como una diosa; y la sangre corre á torrentes por doquiera; y los cálidos vientos agitan la sudorosa crin de los corceles guerreros; y los atambores redoblan; y los bélicos clarines llenan los aires con las marciales aclamaciones de la victoria; á la vez que todo esto acontece, Vicente de Paul, animado por el espíritu divino de la Caridad, poseído de la virtud santificante de la fé, sin más escudo que ella, sin más arma que su palabra, teniendo por seguro piloto á la esperanza, y por norte que le guie el cumplimiento del deber, surca el océano de la desesperación y del martirio, llevando el Cristo en sus manos como talisman precioso y como enseña redentora.



Y salva á millares de hombres próximos á exhalar el último suspiro, derramando en sus heridas unguentos olorosos, y se lanza á las desiertas prisiones y á los castillos solitarios, donde gimen los galeotes agonizantes por la libertad. y atormentados eternamente por la sombra pavorosa del remordimiento, para mostrarles el camino del bien y enseñarlos á orar; séres infelices que la sociedad desprecia, que llevan una cadena al pié y marcado en la frente pálida y sombría, como sobre la losa de un sepulcro, el estigma indeleble de la reprobación universal. Y recoge á millares de huérfanos y expósitos, que pone al cuidado de las *Hermanas de la Caridad*; y funda hospitales y asilos de beneficencia y propaga la enseñanza y establece sociedades encargadas del servicio público en las aldeas y en los pueblos y asciende á la tribuna del Espíritu Santo para predicar las doctrinas del mártir sublime del Calvario, con aquella unción verdaderamente cristiana, con aquella palabra inspirada y profética, en que se unen, como en admirable consorcio, la melodía de la frase, la dulzura del timbre de la voz, y la elocuencia arrebatadora de la Caridad y del amor.

Vedlo recorrer el mundo, en pos de la ignorancia para instruirla, del vicio para desterrarlo, de las virtudes para engrandecerlas, del dolor para disiparlo, de la pobreza para protegerla, de la orfandad para ampararla en el regazo de su corazón generoso y benévolo; y luego vedlo á las puertas del sepulcro, insultado y calumniado, con la sonrisa en los labios y la satisfacción del deber cumplido en el rostro venerable. Vedlo en el apogeo de su gloria inmarcesible (1), en sus brazos paternales lleva una criatura angelical, inocente como el ensueño fugitivo de la alondra, que al rayar el día riza con la punta de sus alas la linfa transparente del lago azul, y luego se encumbra hasta los cielos para bañar sus delicadas plumas en los colores del alba; criatura que él ha arrancado de las garras de la muerte, y parece darle animación y volverla á la exis-

(1) El orador alude á la estatua de San Vicente de Paul, inaugurada en aquel día.

tencia, con sus vestidos, con su semblante, con su aliento, con los destellos de sus ojos; á sus piés una hermosa niña, que tiene toda la dulzura de los ángeles habitantes del Empíreo, toda la belleza de los encantados jardines de la Italia, toda la ternura de las perfumadas églogas de Garcilaso, y en cuyas blancas sienas resplandece la mística aureola de todas las virtudes que se anidan en el fondo de su corazón como un enjambre de áureas mariposas.

Hé aquí los grandiosos títulos, señores, que dan á Vicente de Paul puesto distinguido en el templo sacrosanto de la inmortalidad. Su simpática figura se ofrece envuelta en apacibles claridades en el palacio artesonado de la historia; su nombre esclarecido, que no tiene el prestigio de lo insólito, está escrito con caracteres indelebles en los anales del tiempo; y su excelsa memoria pasará siempre al través de las edades, sirviendo de acabado modelo á las generaciones que lentamente se suceden sobre la órbita gigantesca de los siglos, y recibiendo los aplausos y las bendiciones de la posteridad. HE DICHO.

GONZALO PICÓN FEBRES,  
Venezolano.



## HORACIO Á LEUCONÓE.

(ODA 11.)

No pretendas saber, ¡oh Leuconóe!  
 qué fin pusieron nuestros dioses justos  
 á tu vida lo mismo que á la mia;  
 no consultes los números caldeos,  
 vale cien veces más sufrir la suerte.

Ya te conceda Jove inviernos varios,  
 ó éste el postrero que conmueve ahora  
 al mar Tirreno entre los toscos muros  
 de terso pedernal, sé muy prudente,  
 purifica tu vino, y al espacio  
 triste y pequeño que nos dá la vida,  
 reduce la esperanza siempre grande.

Huye el tiempo envidioso mientras que hablo:  
 goza del nuevo sol y no confies  
 en la dudosa luz del de mañana.

DUQUE DE VILLAHERMOSA.

## BIBLIOGRAFÍA.

OBRAS EN PROSA Y VERSO DE D. TOMÁS AGULLÓ.

PALMA, 1883.

Entre la multitud de libros fútiles que salen cada día á luz de las prensas españolas, con no pocos, por desgracia, hostiles á la Religión sacrosanta que tenemos la ventura de profesar, y en los cuales se revela siempre una profunda ignorancia de lo que ella es, y el producto de lecturas extranjeras más ó menos impías, aunque siempre mal digeridas por falta de una seria preparación científica, es consolador que aparezcan de cuando en cuando algunos inspirados profundamente en la verdad católica y perfectamente conformes á las creencias que formaron el sentido religioso, literario y científico del pueblo español, por no decir que ellas le hicieron, y fuera de las cuales no hallará salvación en cualquier sentido que se considere la palabra. De esta clase es la publicación que sirve de epígrafe á estas líneas y de la que vamos á informar á nuestros lectores. Mas tratándose de una colección de obras literarias, para cuya apreciación nos reconocemos incompetentes, nos hemos de limitar al tomo IV, que comprende los *Artículos religiosos*, ya que tratan de un asunto sobre que nos hemos ocupado algun tanto y del que podemos formar juicio con algun conocimiento de causa.

Están publicados estos *artículos* en el *Diario de Palma*, como lectura religiosa para los días solemnes de Semana Santa en diversos años, por lo cual no forman una obra que tenga un plan extricto ni un sólo objeto determinado, y hasta



presentan alguna repetición de ideas. Esto hizo que vacilara el autor antes de publicarlos juntos, resolviéndose al fin á ello por motivos altamente recomendables, y en nuestro concepto ha hecho muy bien, y tiene motivos para esperar que con la gracia de Dios, produzcan fruto saludable en algunos lectores que han perdido la fe ó se sienten acosados de dudas y vacilaciones, y afiancen y vigoricen la de otros que aún la conservan, por dicha suya. Bien mirados, sin embargo, todos tienden á un fin, á probar la *Divinidad de Jesucristo*, y por consiguiente, la de su religión; si no con el aparato científico que aportaría un teólogo apologista versado en el estado actual de la polémica con las escuelas racionalistas, pero sí con el calor y elocuencia que prestan las más firmes convicciones, no conmovidas con la lectura de los argumentos contrarios; porque no son estos tales que puedan ni deban derribar, no digo al que ha hecho de tan graves asuntos su principal estudio, sino al que poseyendo regular instrucción, procede con juicio en materia de tal transcendencia, tiene alguna experiencia de la vida, y no se deja seducir fácilmente por los cantos de sirena de la incredulidad, que tanto halaga al natural orgullo humano y á otras pasiones más ruines.

Pocos son en España los que leen y estudian los libros que tratan científicamente y á fondo el gravísimo asunto que se trata en el tomo de artículos que nos ocupa, fuera de los que por deber y vocación están más obligados á ello; mas son muchos por desgracia los que han leído resúmenes fáciles de las lucubraciones anticristianas, nacidas por lo comun en Alemania y arregladas por los franceses para el gusto más ó ménos frívolo de lectores de salón; son muchos los que han leído los escritos de Renan, aunque sin la preparación que exigen para evitar la seducción, y sin compulsar las citas con el cuidado y severidad que pide tan grave asunto; son muchos los que no tienen más fondo que las ideas sueltas que se pescan en las discusiones del Ateneo y lugares análogos y en artículos de periódicos y revistas, y con este miserable lastre se han arrojado á las corrientes de la moda que á tantos arrastran. Pues para éstos son excelentes los artículos del Sr. Aguiló, que en

forma literaria, elocuente y nada pesada, ponen de manifiesto la imposibilidad de explicar, ni la persona de Jesucristo, ni la existencia de su religión, sin admitir previamente su divinidad. Cristo, Dios, es un misterio que la razón no comprende, pero que encuentra posible desde el momento que se admita el principio muy racional de la existencia de un Dios personal y omnipotente; pero Cristo, mero hombre, es absolutamente inexplicable y más es un absurdo contrario á todas las leyes psicológicas y morales y á la de la historia.

Nadie habla de Jesús sino con el respeto más profundo, sea real ó afectado; todos le tributan los mayores elogios, todos le colocan á la cabeza de los más grandes hombres con que se honra la humanidad. Este es el hecho, y el mismo Renan en la obra que escribió para propagar la incredulidad en el mundo vano y ligero como Strauss en el científico, no cede á nadie en los elogios que tributa á Jesús, afirmando que á su grandeza moral nadie igualó ni sobrepujará nadie jamás. Pues bien, el Sr. Aguiló se apoya con insistencia en este hecho, y hace ver que si Jesús no es Dios, es necesariamente un blasfemo impostor ó un visionario insensato, y exponiendo más vivamente esta disyuntiva añade: *ó Jesús está bien en el altar, ó estuvo bien en la cruz, ó con la túnica blanca que le puso Herodes*. La incredulidad rechazó lo primero contra la fé y el buen sentido de los pueblos civilizados, que son únicamente los cristianos; los jefes de los judíos creyeron lo segundo por entender que Jesús se llamaba Dios y por tal se predicaba; Herodes le reputó loco y como á mentecato le trató. No hay otro partido que tomar, y rechazando los incrédulos el primero, es preciso que acepten uno de los otros dos.

Verdad es que Renan dice, con otros antes que él, y muchos que lo repiten, que nunca Jesús hizo la afirmación sacrílega de que era Dios ó igual á Dios; pero si esto puede decirse de una afirmación en *los mismos y propios términos*, es manifiestamente falso si se trata de afirmaciones *equivalentes*, y sólo la confianza en la ligereza de los lectores ha podido dar á Renan la audacia necesaria para escribir su aserto. El Sr. Aguiló aduce pruebas suficientes de que Jesús proclamó verdadera-



mente su divinidad, aunque deja muchísimas y no las discute científicamente para cerrar la puerta á toda cavilación, por no compadecerse esto con la índole de su trabajo. Pero ello está hecho y de un modo irrefutable ya en los teólogos modernos que han tenido que tratar el asunto como uno de los dogmas que han vuelto á ser negados ya en obras especialmente dedicadas á él como la antigua de Marán y la moderna de Perrone, y, aunque muy inferior por ser nuestra, en el pequeño libro intitulado *La divinidad de Jesucristo segun las escuelas racionalistas*, que hace pocos años opusimos á M. Réville y á su pretendida historia de la formación del dogma de la divinidad de Jesús. Hemos leído que el espiritista Sr. Vizconde de Torresolanot amenazaba con traducir la obra de Réville, y no sabemos si lo ha hecho. Sería otra prueba más de la ignorancia en tales materias del autor del *Cristianismo antes de Cristo*, á no ser que acompañara su traducción de una respuesta convincente á nuestro librito. No la tememos, aunque se preparara para ello con diez años de estudios, que necesita para escribir sobre el asunto algo que no sea una rapsodia insustancial.

Siendo, pues, á todas luces verdadero que Jesús se atribuyó la divinidad, como lo entendieron sus discípulos y sus enemigos, y la Iglesia primitiva, sin que las nuevas invenciones de la llamada *escuela crítica* hayan conseguido probar nada en contrario y sin que sea posible explicar de otra manera la fundación, propagación y conservación de la Iglesia, como el mismo Sr. Aguiló prueba otra vez más en este artículo, ¿qué significan el respeto y los elogios tributados á Jesús por los que no creen en su divinidad? Porque si Él se presentó como Dios, siendo mero hombre, fué un blasfemo ó un insensato, y ni un blasfemo ó insensato ha podido establecer una religión que ha civilizado al mundo, ni el mundo pudo reconocerle por su Dios como le ha reconocido, ni puede debérsele la más pura moral que ha visto el hombre, ni sus discípulos pudieron alucinarse hasta el punto de creer en sus milagros y particularmente en su resurrección, que fué, sin embargo, el fundamento y la base de su creencia y de su apostolado, sellado con su sangre y con la de innumerables mártires, ni el mundo roma-

no pudo dejar sus creencias, hábitos, costumbres, religión y hasta su condición social por la breve predicación triennial de un impostor ó insensato, muerto en una cruz antes de darse á conocer fuera del pequeño rincón de la Judea. Son todas estas afirmaciones de sentido común, y las más útiles argucias nunca lograrán oscurecerlas ante una razón sana, mientras ésta conserve su serenidad y no se deje alucinar por impulsos y alicientes que no vienen de ella, sino de más abajo.

Tales son poco más ó ménos los temas que se desarrollan en los *artículos religiosos* que forman el tomo 4.º de las obras del Sr. Aguiló, tratados siempre con igual vigor y calorosa elocuencia, y que leerán con sumo gusto y no pequeña edificación los creyentes, mientras que los vacilantes hallarán en ellos los más poderosos motivos para desechar sus zozobras, y los que desgraciadamente hayan perdido la fé, los hallarán para moverse ó estudiar el asunto con la seriedad que merece su importancia capital, sirviendo esto tal vez, como el autor espera, á que alguna oveja descarriada vuelva al redil de Nuestro Señor Jesucristo.

Ciérrese el tomo con un interesante artículo intitulado *El Infierno y la nada*, en donde, despues de exponer la terrible impresión que esta palabra produce, y la lucha espantosa que debe nacer en el corazón del pecador creyente (á pesar de la cual han coexistido y coexisten y coexistirán aún entre los cristianos la fé en el infierno y la mala conducta, porque así es el hombre en la práctica, un conjunto de contradicciones entre la razón y las pasiones, por la esperanza de tener tiempo para arrepentirse, por distracción á las cosas de la vida, y principalmente, como dice la Escritura, *quio nemo est qui recogitet corde*, porque no se piensa ni medita con la frecuencia y atención que tan capital asunto requiere); hace notar que de dos maneras podía desaparecer esa tortura del alma, ó abandonando el mal aunque costara los mayores esfuerzos á la concupiscencia, como propone la Religión, ó procurando complacer á la concupiscencia quitándole de delante el motivo de tan graves torturas, es decir, sustituyendo el *infierno* por la *nada*.



Con esto queda calificada la moralidad del que inventara el sistema y de los que le han abrazado con efusión: es parecido á lo que mostraría el que propusiera la supresión del Código penal, de los tribunales criminales y de la Guardia civil. Pero no pensó que al pretender quitar á la humanidad sus temores, le arrancaba sus esperanzas, de las que todos necesitan, sin las que nadie vive, y le proponía un dogma más desesperante que el infierno, porque como en él no deja esperanza, y porque hay más distancia entre ser y no ser, que entre el ser feliz ó desgraciado.

Las creencias en el Tártaro pagano ó en la metempsicosis pitagórica, eran más morales y dignas del hombre que ésta infame y degradante idea materialista, porque aquellas al ménos suponían la conciencia de la diversidad y oposición entre el bien y el mal, que quedan borradas en el dogma de la *nada* como término del destino humano. Es también más cruel que el del infierno, porque éste puede evitarse y no alcanza á todos, y aquel no deja una sola excepción; como sería más cruel el conquistador que arrasara una ciudad despues de pasar á cuchillo á sus moradores, que el que hiciera la más terrible justicia en solos los culpables, por muchos que fueran. ¿Y no es adelantar la eternidad de un mal que con todas sus fuerzas rehuye el instinto del hombre, el no ser, presentarle este término como última perspectiva? ¿No es tenerle toda la vida en la situación del reo en capilla, á pesar de que segun toda probabilidad no sentirá éste al sufrirla las angustias de la muerte?

Digamos francamente, sin embargo, nuestro parecer. El hombre quiere más no ser que ser desgraciado, si no le alienta la esperanza de ser feliz; y el orgullo y la concupiscencia prefieren la aniquilación á un penar sempiterno. Por eso se acogen á esta doctrina negativa, y no dudamos afirmar que el dogma del infierno es el que mayores furoros provoca contra nuestra Religión, y el que á más conciencias aparta de ella. Con esto quedan calificadas.

Hemos querido dar una idea del libro del Sr. Aguiló, y nos hemos extendido demasiado en puntos particulares. Los

*Artículos religiosos* se leen con delicia y consuelo, y su lectura no puede ménos de ser provechosa. Concluiremos diciendo del autor lo que de otros se ha dicho, que ha hecho una buena obra y una buena acción.

FRANCISCO CAMINERO.



## SONETO.

Cuando me pongo á recordar acaso,  
y busco á lo pasado el pensamiento,  
goces y afanes, que anhelé sediento,  
me van saliendo en la memoria al paso.

Pero es cual sale, en resquebrado vaso  
sobre extinto carbon, con pobre aliento,  
humo del arcilloso sedimento,  
al tibio temple de rescoldo escaso.

Y arde en la ceniza todavía  
oculta brasa, en que el recuerdo intente  
de nuevo acalorar la fantasía.

La acción viva del fuego él no consiente,  
quiere el calor al baño de María,  
sin brillo, y sin ardor, que lo acreciente.

F. DE LA VERA É ISLA.

## CARTA PASTORAL

DEL EXCMO. Y RVMO.

SR. DR. D. FR. ZEFERINO GONZALEZ,  
ARZOBISPO DE SEVILLA.

NOS DR. D. FR. ZEFERINO GONZALEZ,  
DEL ORDEN DE PREDICADORES, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA  
SILLA APOSTÓLICA ARZOBISPO DE SEVILLA, ACADÉMICO DE LA  
ROMANA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO, CABALLERO GRAN CRUZ  
DE LA ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, INDIVIDUO  
DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y  
POLÍTICAS, SÓCIO CORRESPONDIENTE DE LA DE LA HISTORIA,  
SENADOR DEL REINO, DEL CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.

*A nuestro Venerable Dean y Cabildo Catedral, á los señores Arciprestes, Párrocos, Comunidades religiosas y fieles todos de nuestra Diócesis, salud y gracia en Jesucristo y celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas.*

*Cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos.*  
Conocereis la verdad, y la verdad os salvará.

*Joan. Cap. 8, v. 32.*

*Hec est autem judicium: quia lux venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras quam lucem. Qui autem facit veritatem venit ad lucem.*

Mas hé aquí el juicio: vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz. Pero el que obra la verdad, viene á la luz.

*Joan. 3.º—19, 21.*

Leemos en la historia eclesiástica—y lo confirma San Gerónimo—que uno de los sucesores de San Márcos en la Sede



de Alejandria, cuando celebraba los divinos oficios no tomaba asiento en el trono del evangelista, sino que lo hacía en una de sus gradas. Extrañaban esto los fieles y habiéndolo manifestado á su Obispo, este les contestó: «Cuando me acerco á ese trono, ocupado en otro tiempo por San Márcos, veo en él como una virtud divina que despide vivos resplandores y entonces yo, poseido á la vez de gozo y de temor, me reconozco indigno de sentarme en semejante trono: *mox ego inter gaudium et pavorem suspensus, agnosco me tantæ sessionis prorsus indignum.*»

No de otra manera, mis amados diocesanos, siéntese embargado mi ánimo por sentimientos de reverencia y confusión, al haber de sentarme en el trono episcopal que ocuparon el que pudiéramos llamar fundador de la unidad católica en nuestra pátria y el que fué y es apellidado con justicia el Gran Doctor de las Españas.

Pero el Dios de la omnipotencia, que suele valerse de instrumentos débiles para llevar á cabo los designios de su Providencia santa, así lo ha querido; el sucesor y representante augusto del príncipe de los Apóstoles ha hablado—*Petrus per Leonem locutus est*—y es deber nuestro someternos á la voluntad de Dios y á la de su digno Vicario en la tierra, y lo es también trabajar con ahinco y perseverancia para que la fé santa de Jesucristo, y la justicia, y la santidad, y todas las virtudes cristianas florezcan en la Diócesis de San Leandro y San Isidoro, y en la pátria adoptiva de San Hermenegildo y de San Fernando.

Para llenar y cumplir de alguna manera este deber, os dirigimos hoy por vez primera nuestra palabra de Obispo, y al hacerlo creemos oportuno preveniros ante todo contra los peligros y asechanzas que el *hombre enemigo*, de que nos habla el Evangelio, ha sembrado y siembra entre nosotros desde el campo del racionalismo y de la heregia. Porque demasiado sabeis que por desgracia pasaron ya aquellos tiempos de fé robusta y de piedad ferviente que tanto enaltecieron á nuestros mayores. Cierzo es que el pueblo sevillano, en su mayoría inmensa, conserva esa fé robusta y esa piedad ferviente, y

que en no lejanos días de tentación y de prueba, supo dar testimonio público á la verdad de Dios; pero no es ménos cierto que sobre nuestras cabezas cruzan hoy corrientes de indiferentismo religioso, de incredulidad y de blasfemia. De todos los puntos del horizonte se levantan hombres que dirigen ataques sañudos contra la verdad revelada, en nombre de la *ciencia*, siquiera esta con sus hechos nativos, y la *lógica*, con sus leyes inmutables, desmientan cada día las interesadas afirmaciones de aquellos. Al propio tiempo, las huestes socialistas se reunen y conciertan en silencio para obrar la obra de la destrucción y de muerte. Y entretanto... ¡cosa extraña! los hombres del poder, y los hombres de la política, y los hombres de la ciencia, y los hombres de las riquezas, pasan al lado de Jesucristo y de su Iglesia con la sonrisa de la indiferencia, cuando no con el menosprecio ó con el ódio del sectario. So pretexto de libertad científica y de tolerancia religiosa, se autoriza y hasta se fomenta la propaganda tan anticristiana como antipatriótica del protestantismo y del racionalismo: á la sombra de esa protección tan inconcebible por lo que tiene de antinacional, y tan peligrosa porque desciende de lo alto, el error cunde y se extiende por todas partes, y cunde y se extiende tambien por desgracia en esta Diócesis de Sevilla, tan insigne y tan celebrada en otro tiempo por su acendrado Catolicismo. Porque no ignorais que, explotando las pasiones y necesidades de los hombres, el protestantismo trabaja por arrancar del corazón del pueblo la santa fé católica, mientras que el racionalismo, en sus diferentes fases, afirma y propaga la rebelión contra Dios, contra Jesucristo y contra su Iglesia.

Por esta razón, creemos oportuno y hasta necesario preveniros contra los peligros y asechanzas que encierra la crítica racionalista en sus diversas manifestaciones, examinando y discutiendo, siquiera sea con la brevedad y en las condiciones que permite una Carta Pastoral, el valor lógico y la significación real de la abnegación protestante ó del libre exámen, de la negación positivista, y de la negación propiamente racionalista, negaciones que representan y constituyen en nues-



tros días la triple fundamental antítesis del error contra la verdad, la expresión genuina de ese ódio misterioso y profundo de la razón humana contra la verdad divina, por más que esta y sólo esta es la que puede librarle y redimirle del mal: *veritas liberabit vos*.

Al efecto, comencemos por fijar la atención en la naturaleza íntima y en la significación histórico-providencial del Cristianismo desde un punto de vista general y sintético, ya que las condiciones de una Pastoral no permiten descender á puntos de vista especiales y concretos.

Es una verdad incontestable en buena filosofía, y reconocida además por la ciencia, que en medio y á pesar de la variedad, división y diferencias múltiples de razas, de nacionalidades, de idiomas, de climas, de aptitudes físicas, morales é intelectuales que se manifiestan en el género humano, todas esas diferencias y oposiciones relativas se hallan dominadas por una triple unidad fundamental, es decir, por la unidad de origen, por la unidad de naturaleza y por la unidad de destino. Esta triple unidad fundamental que constituye, por decirlo así, la forma sustancial de la humanidad, contiene al propio tiempo el sentido doctrinal é histórico del Cristianismo. Porque la verdad es que la identidad de origen, de naturaleza y de fin último ó destino final, lleva consigo lógicamente la identidad de relaciones entre el hombre y Dios, autor de la naturaleza humana y fin supremo de su acción y vida. Luego la unidad religiosa, como resultado y manifestación lógica que es de la identidad de relaciones entre el hombre y Dios, su Creador y su Bien Supremo, es la condición normal de la humanidad. Porque si es cierto que no todos los hombres nacen en el mismo país, ni en el mismo Imperio, ni pertenecen á la misma raza, ni entran en la vida bajo las mismas leyes civiles y políticas, no lo es menos que todos son igualmente llamados á la verdad, que es una, á la perfección moral que es inmutable, á la posesión de la inmortalidad y de la vida en Dios, que es idéntica para todos en los designios del Creador. De aquí resulta con toda evidencia que la división y pluralidad de religiones, lejos de constituir un hecho normal y armónico con

la naturaleza y condiciones del hombre, constituye, por el contrario, una desviación patente del plan providencial. Legitimar la pluralidad de religiones equivale á la negación implícita de Dios y de la verdad, porque equivale á establecer y legitimar relaciones contradictorias entre el hombre y Dios.

Desgraciadamente la ignorancia y las pasiones del hombre rompieron violentamente esa unidad religiosa, que entraba en el plan primitivo y hasta en la naturaleza misma de la humanidad, como forma natural y expresión legítima de la triple unidad de origen, de esencia y de destino final del hombre, viéndose en consecuencia aparecer sobre la tierra esa multitud de cultos, de creencias y de sistemas religiosos que dividían y deshonraban al mundo pagano.

Y aquí precisamente encontramos la razón suficiente de la misión divina de Cristo; aquí encontramos el sentido doctrinal superior y verdaderamente católico del Cristianismo. Porque si el Verbo de Dios *se dejó ver sobre la tierra y conversó con los hombres* (1), en expresión de un profeta, fué para restituir al hombre su primitiva unidad religiosa, tan conforme con su naturaleza propia; fué para que toda raza, toda nación, toda tribu y toda lengua volviera á conocer y amar y dar digno culto al Dios verdadero, en armonía con la naturaleza del Padre Celestial y en armonía también con la naturaleza y destino final del hombre.

De aquí ese símbolo uniforme que encierra todas las creencias necesarias al hombre del tiempo y de la eternidad, y ese culto cristiano, y esa moral evangélica, y esas instituciones divinas que, sin perder nada de su inmutabilidad, se encarnan en toda raza, sin que ni las distancias, ni las pasiones, ni las persecuciones, ni la sangre, ni los climas sean capaces de impedir su marcha, ni de aniquilar su influencia salvadora. Comunión de todos los espíritus en la verdad por medio de la fé divina, y comunión de todas las almas en el amor por medio de la caridad, hé aquí el sentido real de la misión de Cristo y de su Iglesia. Por eso el Salvador del mundo rogaba al

(1) *Baruch*, c. 3.<sup>o</sup>—38.



Padre en momentos solemnes que la unidad divina descendiera sobre el hombre, como tipo y ejemplar de la unión consumada que debiera unir á todos los hombres; como señal imprecadera de su misión divina y del amor de Dios: *Ego in eis et Tu in me; ut sint consummati in unum, et cognoscat mundus quia Tu me missisti et dilexisti eos* (1).

En presencia de estas reflexiones y de la misión moral y religiosa del Verbo de Dios, no es difícil reconocer cuán falsa es é insostenible la posición de la crítica protestante en frente del Catolicismo. Mientras este considera y afirma la autoridad doctrinal como condición indispensable y como coronamiento espontáneo y lógico de la unidad religiosa primitiva, restaurada en Cristo y por Cristo, la crítica protestante se pone en contradicción consigo misma, toda vez que reconoce y profesa de una parte con el Catolicismo que la unidad religiosa y moral constituye el objeto fundamental de la misión de Jesucristo; que esta doctrina lleva en su seno la revelación divina que entraña lo sobrenatural, mientras que de otra parte desconoce y niega la necesidad absoluta de una autoridad doctrinal, viviente é infalible, para conservar y transmitir á los pueblos todos esa unidad religiosa y moral que tiene por base la palabra libremente reveladora de Dios, y por sustancia propia lo sobrenatural y divino. Nó, y mil veces nó; esa gran doctrina traída al mundo por el Hombre-Dios, como medio para restaurar el plan primitivo de la humanidad en sus relaciones religiosas y morales con el Creador, y en armonía con la unidad de origen, de naturaleza y de final destino que compete al hombre, no puede conservar su carácter de unidad y de universalidad desde el momento que se la somete á la acción disolvente de la razón individual. Si hay un hecho constante y averiguado por la experiencia de los siglos y por el estudio del espíritu humano, es que la razón individual, léjos de ser principio de unidad, es por el contrario principio y elemento de pluralidad y división. Así es que la vemos hablar de diferente manera por boca de Platón y por boca de Aristóte-

(1) *Joan*, 17.—23.

les; aparece muy diversa en los labios de Epicuro y en los labios de Zenón; y Tales, y Confucio, y Séneca, y Lucrecio, y Plotino, hacen llegar á nuestros oídos ecos doctrinales de índole variada y afirmaciones contradictorias, aun con respecto á las verdades más elementales del orden moral y religioso. Estas reminiscencias histórico-doctrinales descubren bien á las claras lo que vendría á ser el Cristianismo, entregado á la interpretación libre, á la acción disolvente de la razón individual.

Pero la verdad es que no es necesario acudir á esas reminiscencias históricas para comprender el vicio radical de la crítica protestante. Su propia historia, la historia de la Reforma es la mejor demostración en la materia. Nada hay, ciertamente, que con mayor evidencia ponga de manifiesto la falsedad del principio protestante, su fundamental directa oposición á la misión restauradora de Cristo, como esa serie innumerable de opiniones y sectas que aparecen, fermentan y estallan en el seno del protestantismo desde sus mismos albores, multiplicándose y subdividiéndose de pueblo en pueblo y de siglo en siglo hasta nuestros días.

Si el Cristianismo no llevara en su seno cierto número de verdades é ideas superiores á la razón del hombre; si fuera un sistema filosófico, como tantos otros que la razón humana ha discurrido y formulado; si no tuviera su origen y su razón suficiente en la razón y en la voluntad de Dios, se comprende perfectamente el principio y la crítica del protestantismo; porque en este caso, la forma y el principio de conservación y de interpretación estarían en armonía con el origen y naturaleza de la doctrina. Empero, admitir por un lado, segun hacen los protestantes, que lo divino y sobrenatural constituyen el origen, la razón suficiente y como la sustancia del Cristianismo; admitir que éste lleve en su seno un conjunto de verdades reveladas por Dios, sobrenaturales y por consiguiente *sobreracionales*, y pretender al propio tiempo que su conservación y real sentido se hallen sometidos á la razón individual, es incurrir en palmaria contradicción

Que si la razón y la lógica no bastaran para demostrar lo



que hay de irracional, de anticristiano y de contradictorio en el principio crítico del protestantismo, bastaría ciertamente esa gran lucha entablada á nuestra vista entre el protestantismo apellidado *ortodoxo* y el protestantismo *liberal*, lucha que á los ojos de atento observador no representa ni significa otra cosa más que la lucha entre el sentimiento religioso y la fuerza de la lógica, la gravitación espontánea é inevitable del protestantismo hácia el racionalismo, la resolución final de la crítica protestante en la crítica racionalista. Poco importa que el protestantismo ortodoxo, al sentir el vacío que se forma en su derredor, acuda para llenarlo unas veces á la autoridad de los libros santos, á símbolos comunes y convencionales en ocasiones, y alguna vez á sínodos y fórmulas de unión; porque la lógica, inflexible en sus leyes y deducciones, se alzaré á su lado para decirle por boca de Wieland: «El derecho de que usaron nuestros padres—los fundadores de la Reforma—pertenece igualmente á sus hijos. Si debemos someternos á algun juez infalible, no veo otra alternativa; en semejante caso, no nos resta otro camino que reconciliarnos con la Iglesia Católica.» «Que se me pruebe hoy, escribía Rousseau, que en materia de creencias debo someterme á las de quien quiera que sea, y me hago católico mañana, y lo mismo hará todo hombre que ame la verdad.»

Ciertamente, hablar de autoridad religiosa y de confesiones de fé, despues de establecer el libre exámen como principio fundamental en materia de cristianismo y despues de rechazar la autoridad doctrinal del sucesor de San Pedro, es merecer de lleno y justificar la sentencia de Lessing, cuando escribe con su habitual ironía: «Si se llega á hacer de nuestros pastores luteranos otros tantos papas que nos señalan en donde debemos dejar de escrutar la Santa Escritura, y que ponen límites á nuestras investigaciones y al derecho de comunicarlas, yo seré el primero en cambiar estos pequeños papas por el Papa de Roma.»

Este racionio de Lessing demuestra sin duda y pone de relieve lo que hay de antirracional, de contradictorio y de anticristiano en el principio y proceso de la crítica protestante,

pero todavía es más significativo y concluyente el siguiente pasaje de Krug, á quien no se acusará por cierto de parcialidad católica. Hé aquí cómo se expresaba el sucesor de Kant en la cátedra de Kœnisberg: «No hay más que un sobrenaturalista verdaderamente consecuente, y este es el católico romano; este no cree solamente á la Escritura, como el protestante, sino que admite además una tradición constante y una acción directa y sobrenatural del Espíritu Santo sobre la Iglesia, de manera que la Iglesia no puede engañarse y cada miembro de la comunión debe someterse á la decisión de la Iglesia en caso de duda. Ved aquí, sobrenaturalistas protestantes, ved aquí un sistema verdaderamente lógico, porque un principio resulta naturalmente del otro. Desde el momento que se admite esta premisa, á saber, que el hombre reducido á su sola inteligencia, no puede encontrar el camino de la salvación, se sigue que para conseguir esta, tiene necesidad de un guía infalible. Vuestra consecuencia, de la que os gloriais, es la mayor de las inconsecuencias. En efecto, la Escritura, á la que apelan sin cesar, no es guía infalible, porque es susceptible y admite toda clase de interpretaciones, de manera que no solamente los diferentes partidos religiosos, sino los escritores particulares, sin excluir los sobrenaturalistas, no se hallan conformes, ni se hallarán jamás acerca del sentido del Sagrado Texto.»

Por otra parte, si la razón y la lógica evidencian de consuno lo que hay de antirracional y de anticristiano en la crítica protestante, la historia y los hechos se encargan de confirmar esas conclusiones, poniendo de manifiesto el virus latente en sus entrañas. Que no otra cosa se desprende de esas peregrinas teorías de la teología protestante con respecto á los Libros Santos, á la persona y misión de Jesucristo, á la autenticidad y contenido de los Evangelios. Así y sólo así se concibe que Bruno Bauer haya enseñado que Jesús y sus milagros son no ya creaciones mitológicas, como pretende Strauss, sino verdaderas ficciones ó romances inventados por los evangelistas. Así y sólo así se concibe y explica que Bauer y la escuela de Tubinga, conculcando las reglas más elementales de la crítica histórica, nieguen la autenticidad de ciertos escritos pertene-



cientes á los padres apostólicos y rechacen la canonicidad de no pocos libros del Nuevo Testamento, sin más ley ni razón que la incompatibilidad de esos libros con su sistema referente á la pretendida oposición entre el petrinismo y el paulinismo, subordinando la crítica bíblica é histórico-teológica á una teoría formulada *à priori*.

Así finalmente se concibe que Paulus haya podido afirmar seriamente que los ángeles que aparecieron á los pastores en el nacimiento del Salvador, fueron emanaciones fosforescentes semejantes á las que suelen verse en terrenos de pasto; que las curaciones realizadas por Jesús fueron naturales, y que si se nos ofrecen en el Evangelio como milagrosas es porque los evangelistas no expresaron en sus relatos los remedios que aplicó Jesús para llevarlas á cabo; que los hombres resucitados por Jesucristo eran sencillamente hombres aletargados; que la Transfiguración en el Tabor debió su origen y su ser á los recuerdos confusos de algunos discípulos, los cuales vieron en sueños á Jesús hablando con dos personas desconocidas durante una hermosa puesta del sol. En presencia de hipótesis tan extrañas y fútiles; en presencia de esta exégesis verdaderamente *libre*, que tales aberraciones legitima, hay sobrado fundamento para afirmar que los hechos demuestran *à posteriori* el vicio radical inherente á la crítica protestante, el mismo que la razón y la lógica demuestran *à priori*.

Y es de advertir que esta inestabilidad de opiniones y sentencias, esta multitud y diversidad de hipótesis y teorías que fermentan y estallan en cada siglo, en cada año y en cada hombre del protestantismo, no solamente son evoluciones lógicas de su principio crítico, sino que se hallan además justificadas y como autorizadas por el ejemplo de su mismo fundador. Apremiado Lutero por los católicos de su tiempo para que presentara pruebas de la misión divina que se atribuía á sí mismo en orden á su nueva doctrina, por medio de obras sobrenaturales y milagrosas, toda vez que convenía con los teólogos católicos en que «aquel que quiere enseñar alguna cosa diferente de lo hasta entonces enseñado, es preciso que tenga misión de Dios y que justifique su misión por medio de milagros

verdaderos,» vióse precisado á adoptar cada día un nuevo expediente, recorriendo una série de teorías las más extrañas y opuestas. Unas veces dice que aunque tiene el poder de hacer milagros, no los hará para confundir á los papistas: al día siguiente dice que los hará, si le apuran, aunque cree que no será necesario: al poco tiempo presenta como un milagro la fuga realizada por Ursula de Munsterberg: por desgracia para el reformador se descubre luego que el convento no estaba bien cerrado, lo cual obliga al hombre de la Protesta á buscar los títulos de su misión unas veces en la autoridad temporal de los príncipes, otras en su grado de doctor en teología, con otros análogos de igual fuerza, hasta tal punto que Döllinger en su obra sobre *La Reforma y su desarrollo interior* demuestra con pruebas y documentos fehacientes que, en el espacio de veinte y cuatro años, Lutero cambió de opinión en esta materia catorce veces.

Si de la crítica protestante pasamos ahora á la crítica racionalista, veremos que esta no se halla en mayor armonía que aquella con los principios de la razón natural y las leyes de la lógica. Tal vez debiéramos hacer aquí caso omiso de ese racionalismo radical ó positivista, que lleva en su seno el materialismo y el ateísmo; tal vez debiéramos prescindir de esos sábios para quienes la virtud y el vicio son productos análogos al vitriolo y el azúcar; de esos filósofos que están dispuestos á no admitir más Dios que el que puede descubrirse por medio de un telescopio; ni más deberes morales que los que radican en la materia y los sentidos; ni más principios, elementos y causas del sér que los sedimentos que pueden descubrirse en el fondo de una retorta.

Pero la ola de ese positivismo materialista y ateo, sube y crece y amenaza desbordarse arrastrando en su impetuosa corriente los brazos de la Cruz del Hijo de Dios, junto con los sudores, las lágrimas y la sangre de los hijos de los hombres, y es preciso dar la voz de alerta, siquiera se trate de un sistema en que apenas cabe hablar de crítica con relación al Cristianismo, toda vez que no se limita á rechazar y negar el carácter sobrenatural de la religión cristiana, sino que comienza



por establecer *à priori* la imposibilidad de conocer, y por consiguiente, de que existan *quoad nos* las verdades metafísicas y morales que sirven de base natural al Cristianismo.

Bien es verdad que en este punto, como en otros varios, el positivismo suele ponerse en contradicción consigo mismo. Porque contradicción es y contradicción palpable en boca de un positivista como Mayock, decirnos que «la verdad es sagrada y que la alcanzamos poniéndonos en relación y contacto con esa existencia infinita que nos rodea y sostiene, como lo es también hablarnos de *comuni6n divina*, según hace Tyndall. El epíteto de *sagrado*, es un epíteto moral que carece de sentido si se aplica á cosas inconscientes y sabido es que para el positivismo no hay más seres conscientes, en el Universo que los que moran en la tierra. Ni es menos absurdo y contradictorio hablar de *comuni6n divina*, despues de negar la existencia de un Dios personal, y despues de relegar al país de las fábulas todo espíritu y todo pensamiento puro. La comuni6n entre dos cosas entraña ó exige que haya algo comun entre las mismas. Entre el hombre y la piedra no hay comuni6n, porque no la hay ni la puede haber entre una cosa animada y consciente y otra inanimada é inconsciente.

Desde el punto de vista positivista, hablar de comuni6n del hombre con la naturaleza es un contra-sentido, y es tan racional y filos6fico como hablar de comuni6n del hombre con una máquina de vapor. Esto quiere decir que el positivismo materialista, si por un lado implica repugnancia interna y esencial con la naturaleza de las cosas, por otro lado y á pesar de sus desesperados esfuerzos, todavía no ha podido despojarse por completo de los gérmenes y sedimentos de cristianismo y de espiritualismo que fiotan en la atm6sfera que respira. Y bien puede añadirse que este capital cristiano-espiritualista acumulado en el transcurso de los pasados siglos y que constituye todavía el fondo moral de la conciencia humana, hasta en los secuaces del positivismo, es el que hasta ahora ha impedido que las naciones se hayan precipitado en el abismo, al cual son empujadas por las teorías de aquel sistema.

El día en que llegara á desaparecer por completo este ca-

pital acumulado por la acción de Dios y de los hombres, á través de los siglos cristianos; el día en que se disolviera el sedimento evangélico que palpita en el fondo de las naciones civilizadas; el día en que la civilización moderna y las sociedades actuales arrojaran lejos de sí las ocultas fuerzas cristianas que impiden su descomposición total, ya que no sus tendencias corruptoras, como la sal impide y retarda la corrupción de los cuerpos; el día en que esto suceda, entonces verán y palparán los hombres por experiencia propia lo que es y lo que vale una civilización basada en la tesis positivista, una sociedad informada en su principio, en su medio y en sus fines, por el positivismo materialista.

Sabido es que el positivismo se lisonjea, no ya sólo de conservar intacto, sino de perfeccionar con sus principios y doctrina, el orden moral humano, sustituyendo á la finalidad de la filosofía espiritualista y de la Religión cristiana, la finalidad propia de la filosofía positiva, la finalidad que consiste en señalar como principio, término y objeto de los actos y de la vida del hombre, la felicidad social representada y como encarnada en el progreso indefinido. Promover el general mejoramiento progresivo de la humanidad en el orden intelectual, moral y material, sacrificando á esto los intereses, las aspiraciones, los bienes todos que constituyen ó representan la felicidad individual, que debe ser anulada y absorbida por la felicidad social y colectiva, hé aquí la finalidad única de la acción, de la vida y de la existencia del hombre, y por consiguiente, la base *científica* ó positiva del orden moral, segun el positivismo.

El cual, al expresarse en estos términos, al sentar semejante doctrina, se pone en contradicción evidente, no ya sólo con la filosofía espiritualista y con la Religión cristiana, sino consigo mismo ó sea con sus principios y con su método, porque se pone en contradicción con los fenómenos, los instintos, las aspiraciones, los elementos que observamos en la naturaleza humana, en una palabra, con los hechos atestiguados por la experiencia. ¿Da esta experiencia motivo ni derecho para pensar que el hombre, atendidos sus instintos, sus pasiones,



sus necesidades y hasta los elementos constitutivos y orgánicos de su naturaleza, se olvide de sí mismo hasta el punto de abrazar la calumnia, la persecución, la injusticia, la miseria y la muerte, arrojando todos los males y renunciando á su bienestar, y todo ello en obsequio y beneficio de la humanidad, es decir, de un sér abstracto que carece hasta de existencia propia, que no tiene conciencia personal, ni siente, ni entiende, y que sólo se realiza á través de millares y millares de siglos? ¿Por qué he de sacrificar mi bienestar, mi felicidad propia, mis goces y alegrías, al bienestar y goces de otros individuos, toda vez que el género humano, en cuyo obsequio se me pide que renuncie á la felicidad mía y de los míos, no es más que una colección abstracta, en cuyo fondo no hay más que hombres singulares como yo, y que no tienen mayor derecho que yo al bienestar y los placeres?

Y si la doctrina del positivismo en esta cuestión es inadmisibile en su propio terreno, en el terreno de los hechos y de la experiencia, dicho se está que lo es igualmente en el terreno de las ideas y de la razón. Se comprende perfectamente que el Cristianismo sufra con resignación persecuciones y calumnias, y sacrifique su bienestar y sus goces al bienestar y goces de otro hombre, y abraze las privaciones y la muerte, cuando tiene fija su vista en los ejemplos, y en las promesas, y en los preceptos del Hombre-Dios, que dió su vida para redimir al hombre del pecado y abrirle las puertas de la vida eterna, que dió al hombre el precepto y el ejemplo de la caridad y amor que llega hasta la sangre y la muerte en favor de otro hombre, y que llama á la participación de la gloria y perfección de Dios, á los que sufren y lloran en este mundo.

Se comprende tambien sin gran dificultad que haga sacrificios en aras de la virtud y del bien, el hombre de la filosofía espiritualista que admite la existencia de un Dios personal y justo y providente, y principio y sanción del órden moral, junto con la inmortalidad del alma humana. Hasta se comprende de alguna manera que el discípulo de Kant, convencido como se encuentra de la existencia de un Juez soberano y de la necesidad de una sanción, á la vez que persuadido de la

santidad real é interna de la ley moral y de su autoridad inflexible, adopte y realice, en la medida que lo permiten las fuerzas humanas, la resolución viril de llenar los deberes que impone esta ley moral, sacrificando en su caso al cumplimiento de la misma y á fines superiores los fines é intereses individuales que se atraviesen en su camino.

Lo que no se comprende ni se verificará nunca, porque repugna á la razón, á la experiencia y á la misma naturaleza humana, es que los hombres renuncien á sus afecciones, á sus goces, á sus intereses y á su vida, despues de haber negado todos esos fines superiores, ó en la hipótesis de hallarse convencidos de que no existen causas primeras ni finales en el universo mundo, y que este es una mera expresión de leyes físicas y fatales. Nó, y mil veces nó: diga lo que quiera la filosofía positivista, los hombres en su mayoría inmensa, por no decir en su totalidad, no resistirán á las seducciones y goces presentes, no renunciarán al bienestar propio y á la felicidad que se presenta al alcance de su mano, en obsequio y por consideración de un bien lejano, equívoco, indefinible de suyo, que se llama bien general. ¿Qué influencia eficaz y práctica podrá ejercer en el órden moral ese ser abstracto, ese ídolo vano que se llama bien general, cuando se trata de hombres que se suponen convencidos de que no hay más vida ni felicidad que la felicidad y vida presentes, que Dios es una palabra vana, y que todo está sujeto á leyes físicas y químicas? Es preciso desengañarse: si nada hay en rededor del hombre, encima del hombre, y delante del hombre más que el juego eterno de fuerzas ciegas, de leyes necesarias, es un contrasentido pedir al hombre sacrificios, privaciones, virtud, moralidad, propiamente dicha; porque la moralidad, la virtud, las privaciones voluntarias y el sacrificio, no pueden subsistir cuando se hace el vacío sobre la cabeza del hombre, son incompatibles con los fines vagos, equívocos y terrenos que se pretenden señalar á la humanidad nueva, á la humanidad del positivismo materialista.

Alardean los partidarios de éste y de la crítica moderna, de haber arruinado en las almas el ideal cristiano como ideal



divino, y trabajan con ahinco para inducir al hombre á que arroje y fije sobre la tierra el áncora de esperanza y de salud que antes arrojara y tenía fijada en el cielo. ¡Desgraciados! No saben ó aparentan ignorar las desdichas espantables que vendrían sobre el mundo el día que se realizaran sus propósitos. Ciertamente que el mayor y el más adecuado castigo que podría darse á estos propagadores del positivismo materialista, sería obligarles á que vivieran en una sociedad cuyos miembros obraran exclusivamente bajo la influencia y en armonía con sus principios filosóficos y sus teorías morales.

¿Y qué será si fijamos la atención en las teorías económico-sociales inspiradas por el positivismo en sus diferentes fases y en las aplicaciones jurídico-sociales que de las mismas hacen sus principales representantes? Ahora escuchemos á los secuaces del positivismo economista, inspirado en las teorías de Malthus, ahora escuchemos á los discípulos radicales de Darwin, ahora escuchemos á Spencer y demás representantes del evolucionismo, por todas partes llegarán á nuestros oídos palabras y sentencias que en nombre de la selección natural y de la herencia, reprueban y condenan la práctica de la caridad pública y privada en favor de los necesitados, palabras y sentencias que predicán el abandono y la muerte de los pobres, los débiles, los desheredados de la fortuna ó de la naturaleza.

El hombre que nace en un mundo ocupado ya por otros, nos dicen los positivistas malthusianos, si su familia no tiene los medios necesarios para proporcionarle la subsistencia, no tiene derecho alguno á vivir y está demás sobre la tierra.

Y no son más humanitarias por cierto, ni ménos desastrosas y horribles en la práctica para los pobres, las ideas y teorías que profesan el darwinismo radical y el evolucionismo. El mismo Darwin, á pesar de que ni en esta ni en otras cuestiones es tan radical como algunos de sus discípulos, deja entrever á las claras la conveniencia de evitar por medios artificiales, es decir, por medio de la asistencia pública y privada, la conservación y matrimonios de los individuos débiles ó desamparados, por redundar esto en perjuicio del libre y per-

fecto desarrollo del principio hereditario y de la selección natural. Otras veces enseña que los matrimonios sólo deben permitirse con sujeción á determinadas condiciones físicas, así como el hombre «estudia con escrupulosa atención el carácter y la genealogía de sus caballos y de sus perros antes de unirlos entre sí.»

Por lo que hace al positivismo evolucionista, véase lo que dice Spencer, el más autorizado de sus partidarios: «La calidad de una sociedad, considerada en su aspecto ó elemento físico, desciende por la conservación artificial de sus miembros más débiles: la calidad de una sociedad baja también ó degenera moralmente por la conservación artificial de los individuos ménos capaces de atender á sí mismos.»

Pero dejemos á un lado al positivismo materialista, que en realidad de verdad se coloca fuera de las condiciones de la crítica cristiana; dejemos á un lado á ese racionalismo radical para decir algunas palabras acerca del racionalismo moderado y espiritualista, cuya posición enfrente del Catolicismo es tan falsa é insostenible como la del Protestantismo.

Y en efecto; reconocer la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la vida futura con premios y castigos, la creación del mundo por la libre voluntad de Dios, y despues de esto prescindir del Cristianismo como Religión divina y revelada, es incurrir en monstruosa inconsecuencia. So pena de negar la existencia y los atributos fundamentales de Dios, no es posible negarle el poder y el derecho de revelar al hombre ciertas verdades superiores á las fuerzas nativas de su razón y de imponerle ciertos deberes relacionados con esas verdades, toda vez que negar semejante derecho ó poder á Dios sería lo mismo que negar su libertad y su omnipotencia, la superioridad indiscutible de su voluntad y de su inteligencia sobre la voluntad y la inteligencia del hombre.

La cuestión, pues, entre el racionalismo y el Cristianismo se reduce en definitiva á una cuestión de hecho; se reduce á saber si Dios habló realmente y si existe en alguna parte esa palabra y esa legislación divina.

¿Cuál es el proceder y la marcha del racionalismo en pre-



sencia de este grave y trascendental problema? Encerrarse en el reducido círculo de esas verdades al alcance de la filosofía espiritualista, y apartar los ojos del Cristianismo católico, sin negarlo, pero sin ocuparse en él; prescindir y descartar *à priori* la cuestión fundamental del hecho divino de la revelación, despues de haber reconocido el derecho y el poder. La inconsecuencia de la crítica racionalista es demasiado patente para que sea necesario insistir sobre ella. Nó, despues de haber reconocido la existencia, la libertad y la omnipotencia de un Dios vivo y personal; despues de reconocer la inmortalidad del alma y la vida futura, no es posible, no es lógico pasar al lado del Cristianismo con la sonrisa de la indiferencia, y sin examinar sériamente sus pretensiones y títulos como depósito de la palabra revelada y de la ley divina. El filósofo que en presencia de un hecho histórico y social que ofrece las proporciones y caracteres extraordinarios del Cristianismo, pasa, sin embargo, á su lado sin detenerse á examinar si lleva ó nó en su seno la palabra y la virtud de Dios, niega implícitamente la posibilidad de la revelación, la libertad y la omnipotencia de Dios, el cual queda reducido en realidad á una palabra vacía de sentido, al Dios del panteísmo ó del materialismo. De aquí es que para todo hombre que piensa, así como la crítica protestante se resuelve lógicamente en crítica racionalista, así ésta se resuelve espontáneamente y á través de sucesivas gradaciones en crítica materialista y ateista, es decir, en la ausencia de toda crítica superior á la materia y á los sentidos, en la negación implícita de Dios y de sus atributos.

El materialista y el ateo proceden lógicamente al negar la verdad del Cristianismo, porque comenzaron por negar la existencia de Dios, y consiguientemente sus atributos y la posibilidad de la revelación. No así los racionalistas, que despues de haber admitido esas verdades y despues de sentar las premisas, ó niegan la consecuencia, ó cierran los ojos para no verla. ¿Qué significa esa afectada indiferencia en orden á la existencia y realidad del sobrenaturalismo cristiano, en presencia de esa Religión cuyo contenido real forma el contenido

y la trama sustancial de la historia desde el siglo del sucesor de Augusto hasta nuestros días; que trae en su seno el germen fecundo de la civilización europea, en sus evoluciones ascendentes y legítimas por espacio de diez y nueve siglos; que es la única religión positiva también que, aparte de su carácter religioso y social, contiene y explica la ley que preside al desenvolvimiento y proceso de la historia universal en su principio, en su medio y en su fin? ¿Qué significan, podemos preguntar una y otra vez, esa afectada indiferencia y esas contradicciones extrañas del racionalismo en presencia de esa Religión que durante siglos y siglos viene peleando hasta la sangre y la muerte en defensa de la libertad, de la justicia y de la santidad? Ningun hombre sério, ningun filósofo que se estime en algo, puede ni debe pasar al lado del Cristianismo, sin fijar su atención sobre ese gran hecho, sobre esa Religión que, nacida al pié de una cruz, pasa con la velocidad del relámpago desde Jerusalem hasta Roma, y agita y conmueve y moraliza en su rápida marcha á los habitantes de la Palestina y de la Siria, del Egipto y de Chipre, del Asia Menor y de la Grecia, de la Macedonia y de la Tracia, de la Italia, de la España y las Galias; sobre esa Religión cuya divina y auténtica revelación proclaman á una voz y en no interrumpida tradición los evangelistas y San Pablo, San Ignacio y San Gregorio, Orígenes y San Agustín, el Nacianzeno y San Jerónimo, Eusebio de Cesárea, Boecio, San Anselmo y Santo Tomás, con tantos otros críticos é inteligencias de primer orden. Para evitar tremenda responsabilidad ante Dios y ante los hombres, no basta cerrar los ojos, sino que es preciso examinar, y examinar con recto corazón y deseo sincero de la verdad y del bien, los augustos caracteres que brillan en esa Religión de Jesucristo que renueva, transforma y santifica una sociedad que llevaba en sus entrañas depravación tan profunda y universal como la que se revela en los epigramas y sátiras de Marcial, de Persio y de Juvenal, la que palpita en las producciones de Ovidio, y la que se vislumbra bajo la pluma de Tácito y Suetonio. ¿Nada significa á los ojos del racionalista ese gran fenómeno de la santidad cristiana, que ni las



religiones antiguas, ni las sectas disidentes han podido realizar jamás? Ahí están también esas miríadas de mártires ante cuyos épicos combates y resignada fortaleza, significan poca cosa los aislados, aunque nobles ejemplos, de Sócrates y de Leonidas, de Régulo y de Codro.

Ahí está sobre todo esa moral cristiana, ante cuyos brillantes resplandores desaparecen las pálidas lucubraciones y las incompletas enseñanzas de la moral puramente filosófica, de esa moral independiente y naturalista tan decantada en nuestros días, bajo cuyas inspiraciones los filósofos más eminentes del paganismo sólo acertaban á pedir á Dios la salud, la fama, la vida, las riquezas, pero no la práctica del bien, la justicia, la verdad, la pureza de conciencia. «Que Dios me conceda vida y riquezas, decía el estóico Séneca, que por lo que hace á la justicia ó equidad del ánimo, es cuenta mia; *Det vitam, det opes; æquum mihi animum ipse parabo.*» Compárese esta orgullosa oración con la oración humilde y espiritual del cristiano; compárese la sencilla cuanto humilde oración enseñada por Jesús á sus discípulos y la oración del publicano cuando golpeaba su pecho y decía; *Deus propitius esto mihi peccatori*, y los acentos de humildad y reconocimiento que nos ofrece el cántico *Magnificat*, entonado por la Virgen de Nazaret, con los himnos, oraciones y cánticos de Ovidio, de Horacio, de Tibulo, que sólo se acordaba de pedir á Dios *messes et bona vina* y hasta del mismo Ciceron cuando decía que «nadie debe dar gracias á los dioses por ser hombre virtuoso.»

Y no es sólo la moral más pura y elevada del paganismo antiguo; no es sólo la moral que profesaron los austeros secuaces del estoicismo, la que es infinitamente inferior á la moral cristiana. Inferioridad es esta que resalta igualmente en las concepciones éticas de Kant, Fichte, Krause, Strauss, Renan y otras por el estilo. A pesar de que se trata aquí de concepciones ó teorías que pudiéramos llamar cristiano-racionalistas, toda vez que se hallan más ó menos influidas y compenetradas por las ideas cristianas que flotan en la atmósfera intelectual que respiraron y respiran sus autores, todavía son concepciones frías é infecundas; todavía representan una moral este-

ril é ineficaz en presencia y al lado de la moral fecunda, práctica, popular, viva y activa del Evangelio y del Cristianismo.

Compárense sinó esos *Mandamientos de Dios y de la Iglesia* contenidos en el Catecismo cristiano, esos Mandamientos claros y precisos, sencillos y profundos, eminentemente prácticos y al alcance de todas las inteligencias; compárense con esos *Mandamientos de la Humanidad* oscuros, ambiguos, impracticables é ininteligibles para la inmensa mayoría de los hombres, que el Racionalismo nos presenta por boca de Krause y sus discípulos. Aun prescindiendo de la parte errónea que contienen como expresión y aplicación de la idea panteista, y limitándonos á su parte práctica y directiva de la conducta moral del hombre, son y serán siempre perfectamente inútiles, perfectamente ineficaces para el pueblo. El cual ni se sentirá mucho más inclinado á practicar la virtud, ni siquiera entenderá lo que se le dice, cuando el racionalismo le intime y declare que entre los *Mandamientos de la Humanidad* que contienen y reúnen la moral, hay uno que le ordena «conocer, amar y respetar la Naturaleza»; hay otro que expresa la obligación de «conocer, amar y respetar todos los seres finitos en conformidad con el orden universal;» hay un tercero que le impone el deber de desenvolverse como espíritu, como cuerpo, como hombre, y de mantener pura, sana y bella cada parte de su propia naturaleza», no faltando tampoco un mandamiento para la belleza, un mandamiento que ordena á los hombres todos «comprender y gustar lo bello en todas las cosas, cultivándola como ideal en la vida.»

Es preciso desengañarse: ni estos ni todos los demás mandamientos del Racionalismo, ejercerán en los hombres una influencia moral comparable, ni de léjos siquiera, á la influencia ejercida por los Mandamientos de Dios y de la Iglesia de que nos habla el Catecismo católico. ¿Qué será si á esto se añade la influencia profundamente moralizadora del matrimonio cristiano? Porque ello es cierto que la moral social, las costumbres públicas y privadas, la dignidad de la mujer y el bienestar de la familia, deben más al matrimonio cristiano elevado á la dig-



nidad de sacramento que á todas las teorías ético-sociales de paganismo antiguo y moderno.

Nadie es capaz de calcular la suma de moralidad que los individuos, la familia y la sociedad debieron y deben á las virtudes teologales, á las obras de misericordia y á las bienaventuranzas contenidas y sencillamente explicadas en el Catecismo de la Iglesia. Son ellas las que, despues de formar el corazón de los niños, depositando en su alma gérmenes fecundos y permanentes de virtud, dirigen la conducta moral de los adultos, y son ante todo y sobre todo las que inspiraron é inspiran á los fundadores de las religiones y á sus discipulos, las que palpitan en el fondo de las grandes obras é instituciones de la Iglesia y de la caridad cristiana. *Bienaventurados los pobres de espíritu* que se hacen superiores á las riquezas y placeres de este mundo; *bienaventurados los pacíficos*, que marchan por los caminos de la paz y de la abnegación, *bienaventurados los que padecen persecución por la justicia*, marchando hácia Dios y al cumplimiento de su deber sin doblegarse ante los hombres, ni manchar su conciencia, resistiendo hasta la sangre y la muerte antes que faltar á la justicia, á su conciencia y á su Dios.

Es preciso decirlo y repetirlo muy alto: para todo hombre verdaderamente imparcial y desapasionado, es incuestionable que á pesar de todas sus pretensiones, á pesar de su aparato científico, la moral del racionalismo será siempre relativamente estéril é impotente para producir el bien, para afirmar y dirigir la moralidad en la familia y en las muchedumbres. Esa moral oscura, fria y pretenciosa del racionalismo, esa moral aristocrática, ó digamos de gabinete, con todos sus mandamientos de la humanidad y con todos sus imperativos categóricos, jamás ejercerá la influencia práctica, universal y bienhechora, que por espacio de tantos siglos y en pueblos tan diferentes, y en sociedades cultas é incultas, viene ejerciendo la moral cristiana, esa moral sencilla y profunda, eficaz y práctica que se contiene en ese código compendioso de la misma que llamamos *Catecismo*. ¿Dónde están las virtudes de la moral racionalista que puedan compararse con la fé, la esperanza

y la caridad? ¿Hay algo en ella que se parezca á la oración del *Padre Nuestro*? ¿Dónde están y cuáles son sus obras de misericordia y sus bienaventuranzas?

Es preciso repetirlo una y otra vez; no es permitido al racionalismo espiritualista pasar con indiferencia al lado de estas como de tantas otras pruebas enlazadas con el importante y fundamental problema de la divinidad del Cristianismo, sin incurrir en grave inconsecuencia y en no ménos grave responsabilidad moral ante Dios y ante los hombres. Y no basta para eximirse de tan grave responsabilidad, negar arbitrariamente y *à priori* la existencia de la revelación, porque se trata aquí de hechos concretos, de hechos doctrinales é históricos, que es preciso examinar con ánimo desapasionado y sereno, con deseo sincero de la verdad y del bien. Compréndese de alguna manera semejante negación en el ateo y materialista que no reconocen más Dios que la materia ó el Cosmos con sus leyes y movimientos fatales; pero no se comprende y ménos se justifica en el filósofo espiritualista, que no puede negar la posibilidad del orden sobrenatural, so pena de convertir á Dios en un hombre vano y de negar sus atributos esenciales.

Y téngase presente que los racionalistas que pretenden escudarse, ó mejor dicho, excusar su incredulidad en vista de la existencia de milagros falsos y de la variedad de religiones positivas, dan muestras ó de escasa inteligencia ó de insigne mala fé. Prescindiendo de que estas objeciones han sido cien veces contestadas por los apologistas cristianos desde Atenágoras y Orígenes hasta nuestros días; prescindiendo también de que la realidad de semejantes hechos en nada afecta ni disminuye la fuerza de los diferentes motivos de credibilidad, bastará aquí transcribir las siguientes palabras de Pascal: «En vez de concluir y afirmar que no existen milagros verdaderos porque existen muchos falsos, es preciso por el contrario decir que existen ciertamente milagros verdaderos, puesto que los hay falsos, y que si hay milagros falsos es porque los hay verdaderos. Es preciso raciocinar del mismo modo con respecto á la Religión; porque no



sería posible que los hombres se hubieran imaginado tantas religiones falsas, si no hubiera alguna verdadera.»

Que si alguien pretende eludir la fuerza de las reflexiones hasta aquí expuestas, alegando los derechos imprescriptibles de la razón, y las excelencias del libre exámen, le diremos que proclamar los derechos de la razón para el libre exámen en sentido absoluto y sin restricción alguna, equivale á proclamar la soberanía absoluta de la misma, y por consiguiente su igualdad con la razón de Dios: equivale á negar la limitación de la razón humana y á suponerla infinita como la de Dios. Para todo filósofo que reconozca y confiese que Dios es superior al hombre, y que poseyendo una razón y una sabiduría infinitamente superiores á las del hombre, posee en ellas y por ellas el poder y el derecho de comunicar á este algunas verdades superiores á su limitada inteligencia, es completamente irracional y antifilosófica la afirmación del derecho al libre exámen, en sentido absoluto y sin restricciones.

Y ¿qué será si á esto se añade que semejante derecho, tomado en sentido absoluto, lleva consigo la ausencia de toda fé religiosa, robusta, firme y eficaz para obrar el bien? Porque ello es cierto que si no existieran señales y caracteres infalibles de la verdad religiosa divina, y si no existiera al propio tiempo el deber consiguiente de inclinar la cabeza ante la palabra de Dios, jamás podríamos llegar á la posesión tranquila y firme de las grandes verdades que interesan esencialmente al hombre en la vida y en la muerte: el hombre fluctuaría constantemente, arrojado de una parte á otra por las dudas y contradicciones perpétuas de la razón humana, buscando siempre sin poder descansar en el camino de la vida, ó como decía Tertuliano en su austero lenguaje, *semper quæremus, et nunquam omnino credemus*.

Y tengan presente tambien los hombres del libre exámen y de la ciencia racionalista, que esa sumisión á la palabra divina, sumisión tan en armonía con la razón natural y las leyes de la lógica, además de limitarse á un número relativamente escaso de verdades, dejando libre campo al vuelo de la razón en todos los demás terrenos y objetos de discusión, se halla

compensada y como premiada con exceso por los torrentes de luz y de armonía que los dogmas cristianos arrojan sobre los problemas más importantes del orden natural.

Como resumen y aplicación de las reflexiones consignadas acerca de la crítica racionalista enfrente del Catolicismo, debemos observar, que en los sistemas crítico-religiosos opuestos al Cristianismo católico, no sólo existe error é inconsecuencia, sino que el elemento lógico se halla en razón inversa del elemento religioso que encierran. El sistema materialista, que es el que conserva ménos del elemento ó sentimiento cristiano, es más lógico en el terreno crítico-religioso que el racionalista, y este más que el protestante, al paso que este último conserva más del elemento cristiano que el racionalista y el materialista. Sólo en el Catolicismo marchan de acuerdo y en perfecta armonía la afirmación lógica y la afirmación religiosa. Esto dá fundamento para sospechar que las pasiones y las dificultades prácticas del bien moral, determinan y explican en parte los errores é inconsecuencias de la crítica racionalista en presencia de la Religión santa de Jesucristo; pues, como decía Bonald, «si resultara alguna obligación moral de la proposición geométrica *los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos rectos*, semejante proposición sería combatida y puesta á discusión.» Por algo también dijo Hobbes, testigo nada sospechoso en la materia, que no faltarian gentes que negasen los teoremas de Euclides, si estos teoremas fueran verdades morales. Precisamente una de las notas características de la doctrina enseñada por Jesucristo, á la vez que testimonio elocuente y vivo de la divinidad del Cristianismo es su fecundidad para el bien obrar, es esa fuerza maravillosa y verdaderamente divina que tan profundamente transforma, eleva y santifica el corazón del hombre.

(Concluirá.)



## CRÓNICA POLÍTICA

### DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

---

Grave pecado, á nuestro juicio, el en que reincide á la continua la política de la Restauración. Podemos nosotros impunemente echárselo en rostro, toda vez que hoy por hoy la aceptamos como el menor de los males, y de aquí que nos duela muy mucho, ver cómo brinda sus favores á aquellos que si ahora se los admiten con gratitud y reconocimiento, serán á la postre sus verdugos. Hubiérase buscado á raíz del hecho de Sagunto fuerza y apoyo para la Monarquía naciente en los elementos verdaderamente conservadores del país; hubiérase reanudado el hilo de nuestras tradiciones, roto mil años hacía, por el triunfo de la Revolución, y no andaría para estas fechas tan desmedrada y enteca la política española. Pero las cosas caen del lado á que se inclinan; y como la Restauración comenzó por desviarse del cauce natural que le trazaran de un lado la historia, de otro las necesidades de la patria, esta es la hora en que si vive, y reina é impera, no es porque la sostengan sus partidarios de toda la vida, con gallardo desinterés y generoso espíritu de sacrificio, nó: sino porque el demonio de la discordia se ha cebado despiadadamente y deshecho como por encanto todos los restantes partidos políticos españoles. Así, el ilustre partido carlista ha perdido su cohesión admirable, su disciplina, y aquel nunca desmentido entusiasmo que le hizo tan temible y respetado: el partido republicano, pocos años há, obediente y sumiso á la voz de sus fundadores, se subdivide en fracciones que matan sus ócios, devorándose las unas á las otras; la gente laboriosa y honrada del país, murmurando y maldiciendo del camino que lleva la cosa pública, pero resuelta, con buen acuerdo, á no meterse en aventuras, escarmentada como está con las enseñanzas harto elocuentes de otros tiempos. De donde se sigue, que si continúa la Restauración, rigiendo los destinos de la patria española, débese esto, no á la bondad intrínseca de su política, sino al estado de abatimiento y postración en que vivimos. ¡Desdicha grande la de aquel de quien se diga con fundamento que vive como de limosna! Y no hay que forjarse ilusiones: ó torna la Restaura-



ción, sin miedos pueriles, y sin vergonzosas componendas á desandar el camino recorrido, entrando valerosamente por el camino recto, ó irá muy pronto, apenas sus enemigos se entiendan y den una tregua á sus odios y rencores, á sepultarse en el río del olvido.

En el entretanto, acompañarémola en su peregrinación, y ojalá que podamos, no permanecer, como hoy, neutrales, mas aun, apartados de ella; antes nos holgaríamos de poderla ofrecer, rendidos á su bondad y á su prudencia, el pobre don de nuestro humildísimo concurso. Mentiríamos declarando aquí que creemos tal cosa fácil y hacedera; los pecados de origen echan muy hondas raíces y no es fácil tarea la de extirparlos. En sus albores pecó la Restauración, y hasta la presente no ha dado muestras de arrepentimiento ni enmienda. Comenzó por transigir tímidamente con la Revolución, y por aquello de *abysus abysum invocat*, cada vez ha ido mimándola más y más, hasta el punto de que quizá hoy se crea obligada á ser de ella algo así como instrumento, temerosa de ser su víctima. El modo y manera de resolverse la crisis de Febrero, poniendo las riendas del poder en manos de Sagasta, fué el primer paso grave que dió la Restauración; la consagración de este acto la vemos en la reciente crisis de Octubre, que nos ha regalado el ministerio de esta izquierda vergonzante que nos gobierna, la cual no llegará á cumplir en el poder las promesas de rabioso liberalismo que hizo desde la oposición, apuntadas todas y más ó menos desenvueltas en el Mensaje ó lo que fuese leído por el Duque de la Torre en el Senado, pero que quizá prepare con esto el terreno para otra edición de la izquierda pura, que pudiera representar desde la Presidencia del Consejo, la Ninfa Egeria del gabinete actual, ó dígase el Sr. Márto. El cual ha desdennado la embajada de París y la senaduría vitalicia, y la gobernación del Banco Hipotecario y no sabemos cuántos otros elevadísimos cargos que le ha ofrecido el Gobierno; pero acaso se resignase, honestamente por supuesto, á ser el heredero y sucesor de D. José Posada Herrera.

Por de pronto, el Sr. Martos, que no otro alguno, puede ufanarse de ser hoy el supremo director de la política española. Él, que fustigaba acremente con su acerada elocuencia, allá en los revueltos tiempos de D. Amadeo, á la dinastía de los Borbones: él, que fué poderoso auxiliar de la revolución de Setiembre, triunfado que hubo ésta por supuesto; él, que sirvió con amor á la República, y que no há muchos meses declaraba en las Córtes preferirla á toda otra forma de gobierno, porque aparte de otras razones, decia, no juzgaba sério ir pasando la vida dando brinco desde el campo monárquico al republicano: él, que no tuvo valor (sin duda porque, como dice Campoamor en no sé cuál de sus



poemas, *la conciencia es un juez implacable*) para declararse franca y decididamente monárquico y dinástico, hasta el punto de que ni hoy mismo se muestra fervoroso alfonsino, como es de rúbrica en todo neófito; él, el Sr. Martos, repetimos con... pesar verdadero, es una de las soluciones probables para la política futura. No sabemos qué podrá ser más nocivo para la restauración; si el apoyo de Martos ó la fiera actitud de Ruiz Zorrilla. Para nosotros, lealmente hemos de confesarlo, y sin dilucidar por ahoratal problema, es más digna de respeto, aun despues de dado á luz el folleto Siffler, la obcecación del funestísimo personaje de Ginebra.

Pero enfrascados y divertidos con estas consideraciones, caemos en la cuenta de que será bien terminarlas, para fijar nuestra atención, si quiera sea rápidamente, en los más graves acontecimientos de la pasada quincena.

Dírase que el Gobierno, consagrado como está desde el punto y hora en que arribó á las dulces playas del presupuesto, á repartírselo bonitamente entre sus amigos, si bien tiene que andar en esto con rara prudencia por *mor* de la conciliación, no se cuida grandemente, y quién sabe si será cosa de que por ello nos felicitemos, de imitar la iniciativa de que dias atrás dió muestra el Sr. Ministro de la Guerra. Hasta la fecha y fijándonos en el Ministerio de Gracia y Justicia, que por la índole de los asuntos que resuelve, es al que miramos muy amenudo con natural impaciencia, ninguna disposición se ha dictado, sobre la cual podamos discurrir desde esta REVISTA. Mientras no ponga el Sr. Linares Rivas su mano pecadora en la cuestión de matrimonio civil, en el jurado, etc., etc., podremos respirar tranquilamente.

¿Recuerdan Vds. el furor que se apoderó de nosotros contra los franceses, llegada que fue aquí la noticia de los brutales desahogos que se permitió la canalla parisien con la persona del Rey? Pues ahora nos quedamos tan satisfechos y dispuestos á partir un piñón con M. Grevy y con Mr. Wilsson, con haberse dignado estos señores autorizar en el periódico oficial una fría relación de lo ocurrido en la visita que hizo á D. Alfonso el presidente de la República francesa. Se acabó pues, aquello de la ofensa á la pátria; ya no es París un pueblo de rameras, sino el cerebro de Europa, no cante nadie el cantar consabido de

La Virgen del Pilar dice... etc., etc...

y fraternicen al son de la Marsellesa con nuestros vecinos, los hijos de *Bailen, Gerona y Zaragoza*. Séanos lícito consignar aquí, que de fijo no se hubieran entregado nuestros padres, los verdaderos hijos de *Bailen*, etc., á protestas intempestivas de patriotismo, ni á desfacer agravios



que había perdonado la persona á quien se infirieron; porque, hablemos claro, la turba soez que silbó estúpidamente á D. Alfonso en París no soñó con ofender á la Nación española; y D. Alfonso, mal aconsejado, por- que debió rodearle en aquella ocasión cuando menos un Narvaez, y topó con un Marqués de la Vega de Armijo, creyó que sólo con el desprecio debía contestar á aquellas brutales manifestaciones, sin hacer extensivo su disgusto al Gobierno francés, dado que se dignó honrar con su presencia la mesa del palacio del Eliseo. Viene como anillo al dedo y será bueno hablar aquí de la próxima llegada á esta córte del heredero de la corona de Alemania, que trae el encargo de en nombre de su augusto padre, el viejo Emperador Guillermo pagar la visita que há poco les hizo D. Alfonso, mal aconsejado por el Metternich fusionista, Marqués de la Vega de Armijo. Si estas idas y venidas tienen mucho ó poco alcance, ó si únicamente tienen por objeto estrechar los lazos de buena amistad personal que unen á nuestro monarca con los soberanos del Norte de Europa, es lo que tratan de poner en claro cuantos periódicos más ó ménos avisados y discretos salen diariamente á la pública luz. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es, que si tan sólo se trata de meras visitas, ajenas de todo en todo á los altos deberes que impone el oficio de Rey, sería mejor que tales viajes no se verificasen.

Mas no parece cuerdo pensar, por muy dejados que estén los príncipes de la mano de Dios, y lo están bastante, que miren cruzados de brazos con qué soberano empuje arremete contra ellos la ola revolucionaria. Decíamos que viene á esta villa coronada y que ya casi toca á sus puertas el príncipe Federico. Se trata de recibirle con gravedad verdaderamente alemana. No por el pueblo, que ya no es quien era en achaques de mostrar su entusiasmo por los Reyes, sino por el propio Gobierno, que no se atreve á correr la contingencia de que Francia frunza el ceño y se nos incomode de nuevo. Por esto se dice á los cuatro vientos, que no recibirá el hijo del Emperador alemán más agasajos que los que buena- mente quiera D. Alfonso dispensarle: ni se permitirá que la Diputación provincial organice en obsequio al ilustre huésped una corrida de toros como hizo con los Reyes de Portugal, á los cuales, dicho sea de pasada, se les silbó bonitamente en el circo taurino por llegar tarde á la fiesta, no obstante la hidalguía proverbial de esta tierra.

¿Ha de sorprendernos tal apocamiento de espíritu en el Gobierno que preside el Sr. Posada Herrera? Ni por pienso. Antes nos parece muy natural que se mermen y escatimen las atenciones y finezas á un augusto príncipe, por aquellos que no pudieron ni quisieron impedir la manifestación republicana del día pasado, hecha con ocasión del aniversario de la muerte de Figueras, pero enderezada á mostrar el brío y la cohe-



sión, afortunadamente más aparente que real, de que quiere dar gallarda muestra la familia democrática, enemiga del trono. Satisfechas deben de estar, no obstante, las huestes de Zorrilla con la suma de libertad de que hacen uso bajo el reinado de D. Alfonso. No es menester irse á buscar en los senos recónditos de la historia el pago que de tales mercedes suelen recibir los Reyes: la nuestra contemporánea es harto elocuente y fecunda en gravísimas enseñanzas.

Nos falta espacio para hablar del famoso folleto *Siffler*, que se anunció con tal aparato que no parecía sino que iba á dar al traste con el partido republicano y muy particularmente con el Sr. Zorrilla (cosa de todo punto imposible aunque en dicho folleto se hubieran probado la mayores infamias, porque éste es el país de las rehabilitaciones inverosímiles), y que ha quedado reducido á muy menudas proporciones, por lo que hace á la persona de Ruiz Zorrilla.

La tristísima idea que tenemos de este personaje, sigue siendo la propio que teníamos antes de la lectura del folleto, ¿qué más? ni siquiera nos ha aligido ver cómo un simple alférez es capaz de cambiar en 24 horas el estado social y político de nuestra pátria... ¡Tan convencidos estamos de que ya no se puede llamar á esto decadencia, sino ruina y ruina total y completa!

---

A pesar de las pasiones anécdotas, todavía vivas desde los tiempos de Enrique VIII é Isabel y á pesar del odio que todas las sectas protestantes profesan al *papismo*, el Gobierno inglés no desiste del antiguo propósito de entablar relaciones con la Santa Sede. Claro es que no le mueven respetos desinteresados, sino el propósito de buscar una alianza que le ayude á cerrar esa ancha herida abierta en su costado y que se llama la cuestión irlandesa.

Conoce además el Gobierno de la Reina Victoria que el extraordinario crecimiento de la grey católica le obliga á solicitar un *modus vivendi* con la Santa Sede no sólo en beneficio de millones de súbditos que profesan el Catolicismo, sino también en provecho del Estado que nunca vive bien cuando no marcha de acuerdo con la Santa Sede. Aun cuando los viajes de M. Errington á Roma no han concluido todos los inconvenientes y dificultades que se oponen al provechoso acuerdo, es de esperar que mediando la altísima prudencia y maravillosa sabiduría de León XIII, el arreglo se consumará al fin, y los católicos ingleses lograrán romper las cadenas que puso sobre sus hombros la tiranía de un rey abominable y de una reina de negra recordación.

Y de esta manera va la Santa Sede entendiéndose con los Gobier-



nos que como el de Alemania, Rusia, Inglaterra y Turquía, parecen destinados á ser sus enemigos irreducibles, mientras que las naciones católicas, y sobre todas ellas la *crístianísima*, son origen de las amargas lágrimas que enturbian la paz de la prisión del Vaticano.

Llevan mejor camino los asuntos del Oriente de Europa. En Sérvia ganó la partida el jóven soberano, que se ha puesto enfrente de las imperiosas exigencias de Rusia y aun de ciertos partidos sérvios. La corona sérvia, nueva aun, ha estado á punto de rodar por el suelo, pero la leal actitud del ejército afirma al Rey Milano en su trono, apaga el fuego de la insurrección en algunos distritos y es advertencia para Rusia y ejemplo para los ejércitos de alguna nación occidental.

Tambien parece resuelto el conflicto suscitado en Bulgaria por los opuestos intereses de Rusia y Austria. Las correspondencias del Extranjero aseguran que estas dos naciones han depuesto su animosidad y que se manifiestan dispuestas á mantener la cuasi autonomía de que, bajo la alta protección de ambas, disfruta la Bulgaria.

Aunque el conflicto era grave, el príncipe Alejandro lo ha resuelto con habilidad y firmeza. Por de pronto, ha reducido considerablemente el número de puestos oficiales que deben ocupar los rusos en Bulgaria. De los ministerios, sólo les ha reservado el de la Guerra, y ha pedido y obtenido además que los oficiales rusos que sirven en el ejército búlgaro, se limiten á cumplir con sus deberes militares. Estos ejemplos de energía de los soberanos, siempre prosperan en el corazón de los pueblos, hartos de advertir debilidades arriba y abajo.

La pobre Francia va de mal en peor. Aquellos rasgos de fortaleza y de independencia de M. Ferry (1) se estrellarán al cabo contra la pasión tenaz de los radicales, el estado moral de Francia y las intrigas del Elíseo, donde el famoso yerno de M. Grevy goza aun de grande influencia. Por otra parte, y sin duda, obedeciendo al engañador deseoso de no romper del todo con la demagogia, el Gabinete francés no desiste de sus procedimientos revolucionarios y prosigue ultrajando á la Iglesia. Esto servirá, al ménos, para que no vuelvan á forjarse ilusiones bonachonas muchas personas que no dan completa fé al proverbio de que el olmo no puede dar peras.

M. Ferry es el gran enemigo nuestro y es nécio el olvidarlo. Ahí está, para convencernos una vez más de ello, su propósito que al fin abandonó, aunque no por justas consideraciones, de dar una cartera á Paul

---

(1) Al entrar en prensa este pliego, anuncia el telégrafo que un jóven de 18 años ha querido asesinar á este desdichado personaje. Afortunadamente no logró el criminal su depravado intento.



Bert, el más infame, el más repugnante, el peor intencionado de los enemigos de la Iglesia. Sólo el pensar en ese nombramiento era un reto audaz á la conciencia de los conservadores y católicos y Ferry no ha tenido miedo á lanzar ese reto.

Los radicales no desaprovechan ocasión ni pretexto alguno para combatir al gabinete. La guerra del Tonkin es el principal motivo ó pretexto de sus ataques. Y no les falta razón, porque juntando Challemet-Lacour, ministro de Negocios extranjeros, la imprudencia con la debilidad, ha logrado colocar á China en una situación á todas luces ventajosa. Y si estalla la guerra entre China y Francia, aquella demostrará á esta que no en balde se la empuja por el camino de la civilización ni se la venden las armas europeas, ni se consiente que oficiales ingleses y alemanes enseñen á sus numerosos ejércitos el arte militar moderno.

Lo peor es que cada vez se encuentra Francia más aislada en el centro de esta Europa que conmueve de continuo. Toman cuerpo los rumores de que pronto, acaso en los principios del año próximo, se firmará y publicará la alianza entre varias naciones de Europa, todas ellas enemigas de la república francesa, que no ha de encontrar por otro lado amparo y defensa y quizá ni aún compasión.

MIGUEL GARCÍA ROMERO.



# MISCELANEA

---

## LIBROS.

Hemos de consagrar más detenido exámen, porque todos ellos lo merecen, á los siguientes que hemos recibido con sumo gusto en los dias pasados.

1.º *Louis XIV et Strasbourg.*—Essai sur la politique de la France en Alsage d'après des documents officiels et inédits,» par A. Legrelle, docteur és lettres.

2.º *El Trovador mallorquin*, poesías escritas en mallorquin literario, acompañadas de versión castellana, por D. José Taronji, Presbítero, doctor en Teología y Canónigo del Sacro-monte en Granada.»

3.º *La expedición y dominación de los catalanes en Oriente, juzgados por los griegos*, por D. Antonio Rubio y Lluch.»

Y 4.º *Estudios sobre la crisis religiosa en España*, por el Reverendo D. José Ildefonso Gatell, Presbítero.

---

## EL «BLANQUERNA» DE RAIMUNDO LULIO.

Este peregrino libro, tan alabado por los doctos, y del que hemos hecho una corta tirada, consta de dos elegantes tomos impresos en casa de Aguado, y se vende por el precio de *seis pesetas*. Mas, queriendo nosotros tener alguna consideración con aquellos de nuestros suscritores, que no lo son desde que la **REVISTA** se fundó, y que no han podido, por tanto, recibir el *Blanquerma*, á éstos les daremos dicha obra por *cinco pesetas*, siempre y cuando (nos dirigimos ahora á los de provincias), envíen por delante el importe, con más *cuatro reales* que nos costará el certificado, pues si el *Blanquerma* ha de llegar á sus manos, bien será tomar estas precauciones, dicho sea en alabanza de nuestra Administración.